

EL 48 COMO DESBORDE TRÁGICO

Manuel A. Solís

*“Sin darme cuenta- creo yo- todos íbamos cayendo en una trampa
y odiándonos unos a otros por motivos políticos”*

Una niña del 48

Resumen

El choque armado que tuvo lugar en Costa Rica en el año 1948 ha sido caracterizado como una guerra civil ocurrida en el contexto de una lucha política. Ello es atinado pero insuficiente. Este texto pretende aproximarse a ese período de la historia costarricense desde otra perspectiva, complementaria de la anterior. A la luz de la documentación testimonial parece pertinente repensar el 48 utilizando el concepto de tragedia empleado por antropólogo Rene Girard, y con el concepto de catástrofe social, utilizado por psicólogos y sociólogos del Cono Sur. Común a la tragedia y a la catástrofe social es una situación colectiva de desborde, con implicaciones diversas sobre los individuos. En nuestro caso interesan aquellas que tienen efectos sobre la salud mental de la población, un tema hasta el momento nunca considerado en la literatura histórica y sociológica sobre los años cuarenta.

Palabras claves: Lucha política, tragedia, psicología social, violencia, subjetividad y poder.

Abstract

The armed struggle that took place in Costa Rica during 1948 has been regarded as a civil war that happened within the context of political battle. Although this is accurate, it is insufficient. This text pretends to get closer from another complementary perspective to this period of Costa Rican history. As seen through the light of testimonial documentation, it seems adequate to rethink the year 1948 using the anthropologist Rene Girard's concept of tragedy, and the concept of social catastrophe that is used by psychologists and sociologists from the South Cone. It is common to find a collective run over situation with diverse implications over individuals in both tragedy and social catastrophe. In our case, we are interested in those implications with mental health effects over the population, a subject that has not been considered in historical or sociological literature about the nineteen forties.

Keywords: Political conflict, tragedy, social psychology, violence, subjectivity and power

Se ha dicho repetidamente que los años cuarenta fueron el taller en el cual se trenzaron las fibras del tejido social costarricense de la segunda mitad del siglo XX. Esta metáfora abre dos posibilidades. Si nos damos por satisfechos con ella, da pie a una clausura. Se pueden agregar algunos comentarios pero lo fundamental ya estaría dicho. De lo contrario, puede ser una invitación para repensar lo que sabemos.

De seguir el segundo camino, encontramos con que aún nos falta por conocer con más detalle la naturaleza de los hilos que sostenían la trama social que entonces se rasgó, y que persisten importantes interrogantes sobre los tejedores del nuevo lienzo social. Hay algo paradójico. Enemistados entre sí, ellos alteraron la trama precedente tratando de remendar sus zonas desgastadas o agujereadas. Nadie se propuso sustituirla por otra totalmente distinta. Pero al intentar repararla la destejieron. Los tejedores recurrieron a la fuerza para vencer los obstáculos al diseño de la sociedad mejor que tenían en mente. Como consecuencia, el nuevo tejido social quedó manchado por los colores de la sangre y el sufrimiento.

La imagen positiva de los tejedores da cuenta de la clave con que los principales actores de entonces explicarán más tarde sus actos. Todos querrán luego presentarse como creadores. Dentro de ciertos límites aquí hay algo de verdad. Sin embargo, lo que en un registro se pueden presentar como proyectos complementarios que enhebraron las instituciones y reglas de juego del siguiente medio siglo, en otro paralelo queda como dolor sentido en carne propia o presenciado en cuerpos ajenos. Estos dolores han dejado huellas que llegan hasta nosotros, como lo ilustra una importante cantidad de escritos testimoniales.

A principios del nuevo milenio el fondo acumulado de relatos escritos era de unas cincuenta publicaciones, y continuaba creciendo. Este es un dato interesante. Algo motiva para seguir escribiendo sobre aquellos años, y algo hace también que esos esfuerzos encuentren todavía algún público. En los testimonios encontramos la referencia a unas "fibras nerviosas vivas" que todavía ligan gente a ese pasado. Podría pensarse que buena parte del interés que persiste en torno al 48 viene de esas fibras que no se han adormecido. Pero seguramente también de todo aquello que no termina de tener un lugar satisfactorio dentro de las cuadrículas cognitivas y emocionales con que procesamos nuestra historia, y nuestras historias. Confrontada con los relatos de quienes no fueron protagonistas de primera línea, la metáfora de los tejedores fatalmente descoordinados resulta desbordada desde distintos lados. Frecuentemente, en vez del acto lúcido, valeroso o cargado de buenas intenciones, surgen fuertes imágenes de confusión, violencia y crueldad. Algunos de estos relatos recogen incluso vivencias que evadieron durante mucho tiempo la escritura, o que nunca antes se habían podido articular verbalmente. Varios son el producto de un esfuerzo por saltar sobre una barrera de pudor y de temor. Desde ellos se perfila un cuadro más complejo y las palabras que podrían ayudar a comprenderlo se nos siguen quedando cortas.

1. Buscando palabras

En la segunda mitad de los años cuarenta aconteció un tránsito gradual pero incontenible desde las antipatías y enemistades políticas hacia el paroxismo de los odios

políticos y los odios políticamente alimentados, dos cosas que no son exactamente iguales. Cuándo precisamente comenzó este deslizamiento es discutible. Retrospectivamente se puede decir que los muertos en la campaña electoral de 1944 anunciaron lo que venía. Con más claridad, a mediados de 1946 empezó a tomar forma una espiral ascendente de violencia política. La lucha electoral de 1947-48 y la insurrección de marzo-abril fueron su resultado y su continuación; ellas, a su vez, condujeron a nuevos hechos de sangre los cuales se prolongaron hasta ya avanzada la década siguiente.

Aunque duró más o menos diez años, nuestro período violento no fue tan prolongado ni tan intenso como los que conocemos en países vecinos. Respecto a las decenas de miles de muertes ocurridas en El Salvador en 1932, o a lo sucedido en Guatemala después de 1954, lo acaecido en Costa Rica fue mucho más modesto y con otras características. Aún así, esas 2000 o 4000 muertes - los números siguen siendo totalmente imprecisos - marcaron un hito histórico. Ni antes ni después la violencia política cobró tantas vidas.

Quienes se han ocupado de los años cuarenta, un grupo entre los que me incluyo, han recurrido a un grupo de palabras bastante preciso para presentar lo ocurrido. Se habla normalmente de "guerra civil", "revolución", "conflicto político", "lucha social", "lucha de clases". Esta terminología tiene una larga carrera. La perspectiva de una sociedad dividida en clases sociales que luchan por defender sus intereses desde su posición en la estructura social ha sido la columna vertebral de los escritos históricos y sociológicos desde el escrito pionero de Manuel Rojas Bolaños, *"Lucha social y guerra civil en Costa Rica: 1940-1948"*, publicado en 1979. Como se dice en la introducción del libro de Rojas, en los años cuarenta aconteció una gran ruptura, la cual no se puede entender pensando tan solo en la acción de individuos y grandes personalidades, al margen de los grupos sociales.¹ El llamado orden oligárquico-cafetalero se abrió bajo la presión de nuevos grupos sociales, en parte como producto de sus reivindicaciones y en parte como reacción a ellas. Primero, como consecuencia de las demandas de los grupos artesanales y de los sectores asalariados movilizados por el Partido Comunista, y en un segundo momento en consonancia con el peso político de las clases medias y de nuevos grupos vinculados al sector productivo. El resultado fue una gran transformación institucional, resumida jurídicamente en la Constitución Política de 1949. La fase de la violencia y la guerra se sitúa entre los dos momentos de reformas, sin acabar allí. Dentro de la perspectiva estructural, la violencia sería la expresión del choque de intereses grupales y sectoriales que entonces tuvo lugar.

Muchos de los trabajos aparecidos posteriormente, particularmente los escritos desde la academia, se han situado dentro de la perspectiva estructural-clasista presente en el libro de Manuel Rojas, profundizando en puntos particulares. Los acentos y matices específicos en los intentos de repensar este período dependieron mucho de cómo las personas se colocaron en los debates políticos de los años setenta y ochenta, en el auge y el declive de la llamada "era liberacionista."

Aunque de manera no siempre explícita, la lectura estructural-clasista prosperó en medio de una polémica político-académica. En un sentido significó una toma favorable a la izquierda política y a quienes entonces defendían la urgencia de cambios estructurales. En otro, también era una respuesta a los textos de corte testimonial publicados por personas que habían participado en las luchas de aquellos años, casi

siempre favorables a alguno de los bandos políticos que se enfrentaron en aquellos años. La veta de los relatos se inició en 1948 y fue muy prolifera durante la segunda mitad del siglo pasado; produjo algunos trabajos de gran valor en razón de la riqueza y el detalle de la información que aportaban. Comprensiblemente, en esta tradición el acento está puesto en las personas, sobre todo en los grandes protagonistas y en sus intenciones, generalmente buenas y nobles cuando se trata del personaje o de la corriente con que simpatizó la persona que escribe. El libro de Manuel Rojas estaba orientado contra esta tradición, y causó reacciones casi inmediatas. Una de ellas, fue el conocido trabajo del abogado Eugenio Rodríguez "*De Calderón a Figueres*", cuyas palabras finales parecen estar dirigidas directamente contra la introducción del libro de Manuel Rojas, y contra la postura político-académica que él expresaba. La conclusión de Eugenio Rodríguez es que el modelo analítico estructural-clasista se quedaba corto y no podía dar cuenta de lo singular y particular de nuestra historia. Rodríguez estaba persuadido de que los dirigentes de los dos bloques que se enfrentaron actuaron de "*buena fe*", aún cuando trataron de imponer sus tesis a la fuerza y en contra de la mayoría, y "*olvidaron*" también que el fin nunca justifica los medios.² En los reglones finales, Rodríguez insiste en la buena fe de los hombres de la Junta de Gobierno de 1948-49, los cuales, a su criterio se elevaron por encima de las circunstancias sociales y económicas, y en consecuencia, de las adscripciones estrechas en función de clases y grupos sociales.

Desde luego, quienes reivindicaron la *buena fe* de los suyos no estaban solo en las filas liberacionistas. Un ejemplo temprano es el escrito del historiador Oscar Aguilar Bulgarelli "*Costa Rica y sus hechos políticos de 1948*"³, el cual, aunque pretendió ser una lectura *objetiva y desapasionada* de lo sucedido, fue acremente criticado por favorecer al calderonismo, antes incluso de que se publicara.³ Diez años después del libro de Aguilar, cuando Rodríguez escribió su libro, las animadversiones estaban más limadas, y se tendía a reconocer que hubo buenas intenciones de ambos lados. Los lados más espinosos y dolorosos de lo ocurrido se explican en "*De Calderón a Figueres*" apelando a la complejidad de lo sucedido, y proponiendo que los hombres de buena fe estuvieron también rodeados de gente que no estuvo a su altura, personas que actuaron de "*mala fe*".

Si algo mostró el debate acontecido en cincuenta aniversario del 48 fue una notable pérdida de interés en el mundo académico por esos años, así como un repliegue casi total de las lecturas estructurales y clasistas. Por el contrario, la veta testimonial siguió siendo muy productiva. Política y socialmente esto corresponde a un triunfo de la lectura de la "*buena fe*" de los implicados. Al comenzar el nuevo milenio los principales protagonistas de aquella época eran reconocidos como grandes hombres, como caudillos lúcidos que merecían ser honrados por haber actuado buscando la mejor para su pueblo. La base social de esta interpretación eran los profundos cambios que se empezaron a dar desde el giro neoliberal de los años ochenta, y las alianzas políticas entre los bloques políticos cuyo origen estaba en el 48. Y también, la casi total desaparición de una izquierda política. Es entonces cuando toma forma la imagen de los tejedores creativos, cuyos actos positivos tuvieron años atrás, lamentablemente, consecuencias desafortunadas.

Los procesos sociales complejos, y en particular las fases de ruptura y cambio, difícilmente se pueden entender sin conceptos que recuperen la dimensión histórico

estructural y sin atender los actos de las personas en posiciones centrales de poder. Por lo tanto, no se trata de desestimar estas lecturas. Solo que en nuestro caso ellas se desarrollaron dejando importantes puntos ciegos. El problema a que nos enfrentamos empieza a tomar forma cuando se intenta una lectura de estos años desde los relatos de la gente llana, de la gente que no fue protagonista política de primer orden. Palabras como lucha social o lucha política ayudan a entender parte de lo que estas personas intentan comunicar, pero no agotan lo que transmiten cuando hablan de estos años desde lo vivido en la familia, el vecindario, o el pueblo. Allí aparece un “plus” innominado, el cual es particularmente perceptible en los relatos de las mujeres, las niñas y los niños, sin restringirse solo a ellos. Este excedente es muy importante para comprender mejor lo que ocurrió en los años cuarenta. Sin embargo, acá tropezamos con una llamativa falta de palabras apropiadas que sugiere algo de fondo, más serio incluso que un problema académico de conceptualización. Aparentemente, carecemos todavía de recursos adecuados para representarnos las consecuencias más dolorosas de un evento colectivo central en nuestra historia. De cara a este otro tipo de materiales chocamos con un vacío-ausencia, parecido al que se encuentra en los traumatismos psicológicos.

Una pista para empezar a explorar los años cuarenta desde otros referentes la encontramos en los mismos testimonios. En varios de ellos se usa la palabra *tragedia*, o se le alude. Hay escritos inmediatamente posteriores a los sucesos que hablan en sus títulos de *la tragedia* recién acontecida.⁵

A la distancia de medio siglo, un adulto mira hacia atrás y escribe: “... las familias empezaban a prepararse ante los vientos de guerra que ya se daban como cercanos y fuertes. La tragedia de la familia costarricense comenzaba a brotar; por todos los medios parecía que querían la guerra, como si esta fuera la medicina para los males que padecía el país...”⁶ Tragedia significa aquí un conjunto de hechos que unas veces mueven al horror y otras a la compasión. Con variantes, esta idea se repite en muchos de los textos con que contamos. No obstante, para dar cuenta de la tesitura de los distintos conflictos presentes en las narraciones sería necesario pensar en un significado más preciso de la tragedia. Uno que ayude a entender algo de la dinámica existente en torno a los grandes temas de discordia, pero que también permita comprender otras tensiones menores o aparentemente secundarias. Muchas veces fueron éstas las que dejaron las cicatrices más profundas y duraderas, las que darán luego motivos para escribir.

Un préstamo tomado de una perspectiva antropológico-literaria puede servir para llevar nuestra atención en otra dirección. Varias décadas atrás, René Girard propuso un concepto de tragedia que puede ayudar a describir y entender nuestro “desejado”. La idea aparece por primera vez en uno de sus libros más conocidos, *La Violencia y lo Sagrado*,⁷ pero es repetida por él hasta sus trabajos más recientes.

En su escrito de 1972, Girard exploró las dinámicas violentas con ayuda del concepto de tragedia. Para tal propósito definió la tragedia como una situación en la cual dos o más fuerzas se equilibran y se desequilibran mediante actos de violencia sucesivos y acumulativos. La tragedia apuntaría a una *colaboración negativa*, que puede empezar como una respuesta inadecuada o desmedida a acción anterior, interpretada como hostil. Ese puede ser el inicio de una cadena de reacciones negativas en el curso del cual termina perdiéndose toda idea de bien y de justicia. En términos simples, la

tragedia dice de un escenario en el cual un acto lesivo, real o imaginado, es respondido por otro acto de la misma naturaleza, el cual tiene a su vez una respuesta en la misma sintonía. Como lo ilustran muchos mitos, la tragedia no está necesariamente relacionada con la intencionalidad. Puede desarrollarse entre quienes se consideran justos y no violentos, o en los términos anteriores, entre quienes creen actuar de “buena fe”. Incluso es posible participar en ella con una relativa buena conciencia, por ejemplo, pensando que el acto propio no es el violento, sino tan solo una respuesta legítima de naturaleza defensiva.

Una comunidad de dos, de varios, o de muchos, se tensaría trágicamente cuando la violencia se convierte en su centro de gravedad por un período de tiempo, creando y potenciando desequilibrios de distinta naturaleza o calidad. La implicación más importante es que las personas entrelazadas por la *reciprocidad violenta* tienden a asemejarse. Los hechos alisan las diferencias entre los rivales encadenados. Estos se aproximan al emplear procedimientos similares, en un automatismo irreflexivo. Gracias a ese automatismo el intercambio violento se propaga. Se devuelve lo que se recibió y no necesariamente a la persona que causó la primera ofensa. Otra puede resultar afectada y en esa medida incorporada el ciclo trágico. Una vez que este mecanismo está en marcha, las instituciones que podrían interrumpir el proceso pierden vitalidad y operatividad en perjuicio de sí mismas. Tal desgaste suele ser tanto un producto de la espiral violenta como una condición para la extensión de la misma. Los frenos institucionales y culturales quedan inutilizados.

La violencia reactiva suelta lo que estuvo unido de una determinada manera. El amarre principal pasa a ser la violencia misma. Esto es lo que Girard llama *rivalidad mimética* o *mimesis violenta*. Por la mimesis violenta se responde siempre con la misma moneda, solo que en cantidades mayores. El otro es el modelo a imitar y superar. Los personajes trágicos serían *dobles* o *gemelos* unos de los otros; el material primario que los iguala y los une estaría constituido por odios, envidias, orgullos, heridas y resentimientos.⁸ En su punto más alto la lucha amenaza con transformarse en un choque de todos contra todos. La situación trágica se asemeja entonces a un fuego devastador o a una gran epidemia. Nadie puede escapar a ella. La supervivencia del colectivo queda mortalmente amenazada. Llegado ese momento reaparece Hobbes y la vuelta al estado de guerra de todos contra todos.

Girard le dio forma a su concepto de tragedia trabajando con mitos y leyendas de las más diversas procedencias. Cree también encontrar apoyo para sus tesis en las obras de los clásicos de la disciplina antropológica: Lévy-Bruhl, Boas, Frazer, Malinowsky, y desde luego, Lévi-Strauss. Pese a su deuda con la tradición estructuralista y post-estructuralista, le reprocha haber hecho un énfasis unilateral en la “diferencia” y en el lenguaje, a costa del mimetismo real, propio de la condición humana. Lo último sería para Girard un dato antropológico imprescindible.

Las pretensiones de Girard son ambiciosas y debatibles. Lo importante es que su concepto de tragedia ayuda a enfocar una dimensión del 48 que está presente en casi todos los trabajos conocidos, pero pocas veces en el plano que le corresponde.

Sobre este período hay algunas preguntas que han quedado sin una respuesta adecuada. ¿Por qué hubo tanto odio si existían tantas afinidades entre los enemistados? ¿Cómo se explica ese desencadenamiento de las agresiones recíprocas? ¿Por

qué la violencia no se pudo detener a tiempo? Cuando de pasada o en abstracto se menciona *el desenfreno de los odios* un dato muy importante se puede escabullir ante nuestros propios ojos. Hemos carecido de un concepto que nos ayude a entender la intensidad de los odios y el mecanismo de su propagación. Esto es muy importante por varias razones. Si ponemos la atención en la dinámica violenta en general tenemos que preguntarnos por sus costos. Una parte se cobró en vidas humanas. Otra, menos atendida, en forma de angustias y tribulaciones, es decir, en salud mental. De estos dos tipos de costos sabemos en realidad poco o casi nada. Nunca han sido sistemáticamente estudiados.

El concepto de tragedia de Girard lleva la atención hacia las *acciones y reacciones* cargadas de hostilidad que marcaron la dinámica política y la orientaron hacia la violencia. Simultáneamente, coloca en nuestro horizonte los múltiples enlaces malévolos que fueron potenciados o propiciados por el proceso político. En esa medida, ayuda a poner un puente entre la gran política y lo que fue sucediendo en la vida de la gente llana, desigualmente afectada por aquella.

2. Puntuaciones en una cartografía conocida

La violencia de los años cuarenta tuvo cuatro momentos de lucha abierta,* y un sinfín de episodios menores. Ella ha sido justificada desde distintos puntos de vista, pero nunca se ha podido explicar satisfactoriamente en función de las diferencias políticas existentes. El dato llamativo es que los caudillos antagónicos eran complementarios más que diferentes en relación con sus programas políticos. La violencia tampoco se puede entender cuando se le presenta como una reacción indignada y legítima en contra de irregularidades electorales de 1944 y 1948. Entre otras cosas porque los dos bandos tenían un anclaje muy profundo en la cultura del fraude electoral, el cual era parte de la cultura política nacional.⁹

La violencia se gestó en el ámbito en que Costa Rica se consideraba una excepción en el Caribe y más allá, en el campo de sus instituciones políticas. Se forjó en medio de las contradicciones de esa institucionalidad. El 48 fue una fatalidad tallada en un proceso de varios años, con palabras y conductas pertenecientes a las luchas políticas, esculpida por las prácticas electorales existentes y, sin duda, un resultado de los seguimientos caudillistas, nunca puestos seriamente en duda. El proceso que llevó al 48 se nutrió con los materiales particulares de que estaban hechos las instituciones políticas costarricenses. Su principal motor fueron las rivalidades exacerbadas en una lucha de poder. Las elites políticas, quienes luchaban por ser reconocidos por ellas, y quienes pasaron a tener papeles destacados en razón de sus divisiones, destejieron al luchar entre sí. El resultado final, la lucha armada, no fue algo conscientemente buscado, con una importante excepción, pero de una u otra manera todos los actores políticos contribuyeron al mismo, en la medida en que quedaron enlazados por algo parecido a lo que Girard llama el mecanismo del mimetismo negativo.

Existieron desde luego circunstancias coadyuvantes de primer orden. La dimensión estructural interna y la dimensión internacional, como ya lo vimos, han sido frecuentemente subrayadas. Desde ambos lados surgieron motivos para identificar

enemigos en el escenario interno, y razones para actuar contra ellos de manera arbitraria y desproporcionada. La posición del enemigo (interno-externo) que representaba lo nefasto fue ocupada por distintos grupos y personas a lo largo de estos años. Desde 1946 hubo un repunte del anticomunismo visceral, en consonancia con el clima de la naciente Guerra Fría. Esta atmósfera removió las fracturas presentes entre los aliados en el gobierno y dotó a la oposición política de un motivo central de acción y de una gran arma de agitación. Se regresó a una situación parecida a la existente a fines de los años treinta, cuando los comunistas eran reprimidos y se ideaban estrategias para frenarlos. Una de ellas fue la misma reforma social.¹⁰

Por otro lado, las relaciones internas de poder no permitieron digerir todas las presiones sociales acentuadas desde la crisis de 1929. Con relación a ellas, los nada despreciables cambios institucionales de los años treinta y principios de los cuarenta carecieron de coherencia social, política y económica. Siempre dejaron grupos e intereses insatisfechos y amenazados, excluidos y resentidos. La razón, en última instancia, era política. Seguía incólume un concepto jerarquizado, vertical y patriarcal, de la sociedad y la democracia, nunca puesto en entredicho en todos sus alcances. De allí las contradicciones.

Los malestares presentes irrumpieron contradictoriamente en el curso de los años cuarenta, unos canalizados por los comunistas, y otros por los ideólogos de las capas medias ascendentes. La reforma social fue tanto una medida contrainsurgente como una estrategia de ascenso social y político para un grupo restringido. Consiguió neutralizar las reivindicaciones sociales de los comunistas, pero no se proyectó sustantivamente sobre el sistema electoral, lo cual era condición para un acuerdo político más incluyente. Las leyes electorales de 1945 carecieron de un soporte político fuerte y convincente. Una lógica parecida siguió la reforma económica de 1948, aunque ahora con importantes cambios en el sistema electoral.

El sufragio, la corrupción y la lucha contra el comunismo fueron las tres grandes reivindicaciones de la oposición política en 1948. La defensa de las Garantías Sociales y de la democracia los dos grandes motivos de la coalición gubernamental. En medio quedaba la cuestión de la modernización económica. Las lecturas retroactivas de los triunfadores y de los perdedores girarán básicamente en torno a estos elementos, en distintas combinaciones. Es con relación a esos ejes que se propondrá más tarde la complementariedad de los tejedores enemistados.

Este marco básico nos coloca ante dinámicas y circunstancias que, no sobra insistir en ello, son imprescindibles de tener en cuenta. El concepto tomado de Girard nos lleva un poco más allá. Al destacar el componente hostil-reactivo, mueve a observar cómo la política mayor se tradujo a diferentes niveles en acciones contra grupos y personas específicas, y la reacción subsiguiente, desde los golpes, los perjuicios y las ofensas causadas. Esto último no se atrapa adecuadamente con la malla conceptual de los proyectos políticos o de los intereses materiales en juego, y no es algo que se pueda dejar de lado. Las heridas y los resentimientos no son la espuma o la superestructura colorida de una lucha social o política. Son su despliegue inmediato y concreto. Un factor que genera dinámicas particulares y puede llevar por caminos imprevistos.

Los amarres reactivos ayudan a entender algunos pasos aparentemente desafortunados o de pocas miras, la indecisión trascendente por sus consecuencias, la

conducta empecinada, las palabras y silencios que potenciaban las animadversiones, los actos de agresión carentes de objetivos políticos o camuflados de tales, y los accidentes con consecuencias fatales. De esta manera nos colocamos en un delicado borde, en el cual lo personal se viste con ropaje político y la dinámica política es contaminada por lo personal. Una obviedad que no siempre se incorpora adecuadamente en la reflexión.

Debido al contagio inherente al mecanismo reactivo, la violencia se propagó cual mancha de aceite, incorporando cada vez a más personas, o lo que es lo mismo, maltratando a cada vez más gente. Como se puede constatar en los testimonios, quienes iban siendo jaloneados hacia el centro del remolino hostil tenderán a presentar su propia violencia como un acto de defensa legítimo o la devolución justa y adecuada de una ofensa antes recibida. Hubo siempre “una cuenta que arreglar”, llámese ésta un fraude anterior, golpe anterior, un pariente herido o muerto, un encarcelamiento, un acto de matonismo, un ultraje o un insulto. Las posibilidades eran múltiples, pero el resultado fue uno solo: la escalada violenta.

En el curso de estos años aparece varias veces un motivo de procedencia bíblica. A fines de 1946, un notable cartaginés hablaba con naturalidad de una lucha entre el bien y el mal, a la cual correspondía la estrategia política del “ojo por ojo y diente por diente”.¹¹ En el Nuevo Testamento esta expresión aparece en el Sermón de la Montaña, y está dirigida contra la llamada ley del Talión. De lo que se trata es de evitar la atadura que significan las venganzas, y los sufrimientos que las acompañan. Aquí es donde se habla de poner la otra mejilla y darle también el manto a quien quiera pelear por la única túnica que se tiene. En 1946, sin embargo, se volvía a la ley del Talión, concluyéndose que el bien debía tener que responderle al mal con su propia moneda. Era la estrategia de la satisfacción.

Con matices, la consigna del “ojo por ojo” pasó a un primer plano desde que la muerte natural de León Cortés, ocurrida en enero de ese mismo año, fue políticamente transformada en un magnicidio y un parricidio. En ese momento se creó el espacio político y emocional para los actos de terrorismo, y simultáneamente, para la dinámica de choques y agresiones que desaguaron en la sangrienta Huelga de Brazos Caídos de mediados de 1947. A terminar ese año había jóvenes, y no tan jóvenes, que clamaban en las calles por la sangre de los comunistas, a los cuales se le negaba toda humanidad.¹² En ese momento el calificativo de comunista se aplicaba indiscriminadamente a las personas partidarias de la coalición gubernamental.

Fatídicamente, el lema del ojo por ojo y diente por diente fue también agitado por los comunistas, a principios de la década, como parte de su discurso antifascista.¹³ Con consignas como éstas se aproximaron ellos al gobierno que todavía en las elecciones de medio período de 1942 denunciaban por sus fraudes electorales, y por estar infiltrado por nazis y franquistas. Sin ser nombrada explícitamente, la consigna del diente por diente seguirá vigente en los años siguientes. La manera en que Vanguardia Popular se involucró en la violencia electoral de fines de 1943 y su cuota de responsabilidad en el fraude electoral de 1944, solo se termina de entender si se considera el factor desquite. Los comunistas aprovecharon la oportunidad para vengarse de León Cortés, el hombre que unos años antes los persiguió y los reprimió y a quien caracterizaban como un fascista. En los escritos del dirigente comunista Arnoldo Ferreto encontramos

una versión desplegada de la estrategia del ojo por ojo en esos años.¹⁴ La cadena sigue. La oposición política del 48 recogió el respaldo de las personas que en 1944 fueron física y políticamente golpeadas, y de aquellas otras que a principio de la década habían sido afectadas por la política de expulsión y encierro, y por las expropiaciones. Algunos hijos de familias alemanas e italianas se incorporarán a la lucha armada para vengar una afrenta personal y familiar. Frank Marshall Jiménez, el héroe militar de los insurrectos, pertenecía a una familia que logró salvar parte de sus propiedades de la expropiación mediante una inusual maniobra. Su padre fue deportado y recluido en los Estados Unidos.

Un ejemplo adicional es el muy citado libro de José Figueres "Palabras Gastadas" (1943)¹⁵. Es escrito es incomprensible si no se considera que está atravesado por un afán ardiente de desquite. Fue redactado inmediatamente después de la expulsión de Figueres del país. Solo a costa de una severa distorsión de la realidad podía alguien proponerse derrocar a una tiranía en Costa Rica, a fines de 1942 y principios de 1943. Los argumentos favorables al socialismo, la libertad y la democracia, la base de lo que luego se reivindicará como un ideario social demócrata, ocultan una justificación para cobrar el agravio personal, aumentado luego por el fraude electoral de 1944, el cual le impidió a Figueres salir electo diputado. Lo último, a su vez, era también parte de una represalia, esta vez del Presidente Calderón Guardia. Como persona y como cabeza de una institucionalidad, él se sintió agredido y descalificado por la intervención radial de José Figueres, en 1942. Reaccionó usando el poder de que disponía: lo apresó y lo deportó. No era algo inusual en la historia de Costa Rica; ya había ocurrido antes. Sin embargo, Figueres lo puso como un acto sin antecedente alguno, propio de una tiranía.

La intrincada situación creada por el resultado de las elecciones de 1948 fue producida por una sumatoria de acciones previas de ambos bandos. Finalmente, los dos lados se presentaron como víctimas de un fraude electoral, y demandaron la reparación correspondiente del victimario. Allí se desató la guerra.

Las primeras bajas en la carretera interamericana son simbólicas. Las muertes del coronel Rigoberto Pacheco Tinoco y del mayor Carlos Brenes Alvarado, y luego del insurrecto Nicolás Marín, ocurridas a principios de marzo de 1948, tienen en común el que fueron venganzas. Marín fue torturado hasta morir en los bajos de la Casa Presidencial, y Pacheco y Brenes fueron asesinados cuando no presentaban ninguna resistencia ni eran un peligro. Quien les dio muerte, una persona cuyo nombre suele ser sustituido por una inicial en los escritos de sus compañeros, cobraba así la muerte anterior de un pariente, en un enfrentamiento con la policía. Aparentemente, Brenes Alvarado estuvo involucrado en este hecho. A Pacheco Tinoco se le cobraba otra cosa: era amigo íntimo de Calderón Guardia y su militar estrella. El motivo de venganza podría explicar las vejaciones de las que fueron objeto los cuerpos de los militares, pero también el ensañamiento posterior contra Marín, cuyo cuerpo quedó destrozado.

De ambos lados hubo gente que tomó las armas para vengar algo, y la lucha misma generó nuevos motivos para buscar el desagravio, algunas ejecutados en el curso del enfrentamiento y otros posteriormente. Para alguna gente la guerra tuvo por objetivo la venganza, y no mucho más. Días después de que los vencedores del conflicto ingresaran a San José, hubo un acto en el Cementerio General en el cual se proclamó que León Cortés había sido vengado. Otilio Ulate y los comandantes vencedores lo

protagonizaron. Allí tomó forma la iniciativa de un gran monumento a Cortés, comenzado unos meses más tarde.

En el curso de los años cuarenta una pátina revanchista fue tiñendo distintos actos. La década cerró casi como empezó. Al inicio y al final hubo restricciones de los derechos ciudadanos alegando razones políticas mayores. Al principio y al final el país vivió en un estado de excepción; cada uno de estos períodos excepcionales produjo actos de violencia política entreverados con móviles personales y también actos de violencia privada disfrazada con motivos políticos. Al inicio están los golpes, los fraudes, las expulsiones, los encierros y las expropiaciones. Al final los Tribunales Especiales, la incautación de propiedades, las detenciones arbitrarias, los despidos, la ilegalización de los comunistas, el exilio y más muertes, por afanes de revancha. La invasión dirigida por Calderón Guardia, en diciembre de 1948, según personas que participaron en ella,¹⁶ fue un acto político de venganza que dio el contexto para crímenes alevosos, sin justificación alguna, tal fue el caso del asesinato de un equipo de la Cruz Roja.

Como motivo para la invasión se alegó el desconocimiento del Pacto de la Embajada de México, el acuerdo con que terminó la guerra. Esta anulación fue parte de una política de venganza. Una respuesta a la invasión de diciembre fueron los asesinatos del Codo del Diablo. Esta vez las víctimas fueron personas que no participan en la invasión ni la respaldaban políticamente, entre ellos varios comunistas. Estos asesinatos eran parte de un plan mayor cuyo objetivo era deshacerse la dirigencia comunista.

Hacia finales de 1948 los odios liberados habían empezado a minar el bloque que se había compactado para las elecciones de principios de año. Las acusaciones de traición y deslealtad se hicieron presentes dentro de los vencedores, en varias variantes. Unos le reclamaban a Figueres la traición a la causa centroamericana que dijo suscribir inicialmente, y de la cual se desmarcó en el curso de 1948. Otros, le cobraban su desplazamiento a favor de otras personas, y desde allí, una traición a los motivos de la insurrección. Este segundo hilo lleva al fraccionamiento de la Junta de Gobierno en abril de 1949 y al levantamiento conocido como “El Cardonazo”, cuyo combustible fue las envidias y los celos entre los compañeros de armas de un año antes. Luego tenemos la participación de algunos sublevados de marzo de 1948 y abril de 1949 en la invasión de 1955, al lado de Calderón Guardia. Algunos de los anteriores amigos se transformaron en enemigos mortales.

Pese a las divisiones y rencillas existentes entre quienes se exiliaron en Nicaragua y a las recriminaciones recíprocas por las dos derrotas de 1948, los resentimientos acumulados alcanzaron todavía para reunir gente para una segunda invasión desde Nicaragua en 1955, con un nuevo saldo, todavía hoy desconocido, de heridos y muertos. El motivo de venganza estaba también en quienes patrocinaron y alentaron la empresa, en primer lugar el dictador Somoza García, el cual veía en Figueres a un enemigo.

Estos son algunos mojones de una secuencia que con facilidad se puede hacer mucho más tupida y complicada. Al olor de la pólvora y la sangre presente en estos años hay que sumar el del alcohol, el cual aportó un carburante extra para la violencia de los dobles -enemigos. Los relatos abundan en información al respecto. Política y alcohol estaban hermanados entre nosotros desde mucho tiempo atrás. También, como

sabemos, la violencia y el alcohol. No pocas carreras alcohólicas comenzarán en estos años. Otras, ya iniciadas, se consolidaron con consecuencias diversas, algunas fatales.

La reciprocidad sangrienta se cortó avanzada la década siguiente. El freno decisivo no vino del mundo idílico de la carreta pintada y la casa de adobe. Provino del exterior y estuvo relacionado con un cambio de la política estadounidense a la región. En 1955 se clausuró el espacio internacional para las conspiraciones regionales, usado tanto por Figueres como por Calderón Guardia. Al cierre de los años cincuenta, el ambiente seguía contaminado por los vapores tóxicos de la violencia pero había una nueva realidad externa y también una creciente conciencia que de seguir por el camino transitado, las pérdidas serían irreparables para todos.¹⁷ En lo inmediato estaba el peligro real de no poder aprovechar las nuevas oportunidades económicas que se abrían.

Al terminar los años cincuenta los dos protagonistas principales habían pasado por las mismas posiciones y se habían igualado varias veces por sus actos. Ambos eran reconocidos como grandes reformadores. Los dos habían conspirado desde el extranjero y eran responsables de derramar mucha sangre. Cada uno se propuso derribar al otro, aunque solo uno tuvo éxito.

Sin haberse nunca reconciliado entre sí, los gemelos violentos empezaron en ese momento a transformarse en héroes complementarios, en tejedores descoordinados pero bien intencionados.¹⁸ En el nuevo escenario que se perfila, los comunistas van a quedar como los protagonistas malévolos de la fase trágica. A ellos les corresponderá la función del chivo expiatorio, la figura que en el modelo de Girard suele aparecer en el cierre de los períodos convulsos para ayudar a restablecer o refundar un orden.¹⁹ Con la identificación de un culpable preciso, una colectividad que había estado negativamente enlazada trata de colocar fuera de sí su propia violencia. No la eliminaba, pero se deshacía momentáneamente de ella. Sin duda las cosas no fueron en nuestro caso tan simples y de nuevo el análisis pormenorizado es necesario. No obstante, es también verdad que la conciencia política de la Costa Rica de la segunda mitad del siglo XX se montará sobre importantes distorsiones respecto al pasado, y muy en particular, sobre su pasado más reciente.

3. Otras dimensiones del ciclo violento

A las complicaciones de estos años corresponde el que la lucha política aproximó gente de procedencia social y política muy diferente. Mientras las diferencias entre los enemigos políticos se ensanchaban, otras se desdibujaban. El pacto de 1943 entre los republicanos, la Iglesia y los comunistas unió a quienes unos años antes se repudiaban y se consideraban enemigos. Su contraparte fue la alianza entre los cortesistas y los jóvenes que unos años antes denunciaban a León Cortés por autoritario y lo presentaban, al igual que los comunistas, como un nazi.

La polarización aproximó grupos y gente que en otras condiciones difícilmente hubiesen estado del mismo lado. Al deslizarse la lucha política desde las pedradas y las cachiporras a las armas, peleadores callejeros, bravucones, y sujetos siniestros fueron ganando espacios de acción en cada lado. En algunos relatos podemos seguir

el paso de los golpes al matonismo, en distintas modalidades.²⁰ En otros, la convivencia políticamente obligada con personajes que no se querían tener cerca. En 1943 los comunistas tuvieron que aceptar la proximidad de sujetos que ellos mismos habían denunciado antes por su falta de escrúpulos y sus abusos, y que en 1948 se mostrarán como asesinos. En este año ellos se vieron envueltos en situaciones inimaginables un tiempo atrás, o un tiempo después.

En marzo-abril de 1948, las milicias vanguardistas lucharon contra los insurrectos *junto* a un destacamento de la Guardia Nacional de Nicaragua. Un testigo de filiación comunista dirá que se trataba de la escoria de ese cuerpo, enviada a Costa Rica como castigo. No sabemos cuánta gente lo componía este destacamento, ni cuándo exactamente llegó. Pero sobre sus miembros caerá la responsabilidad de crímenes y de actos de crueldad, según lo indican testimonios de los dos lados. Algunos testigos mencionan los intentos de frenar a estos problemáticos aliados, no siempre con éxito.²¹ Cinco insurgentes sorprendidos mientras descansaban fueron fusilados en El Tejar por una patrulla dirigida por un oficial nicaragüense. La presencia de los militares nicaragüenses alimentó la xenofobia sirvió para justificar otros crímenes, esta vez por parte de los insurrectos, los cuales fueron presentados como actos de guerra contra una tropa extranjera. En el caso de los fusilamientos ocurridos en Quebradillas, en Cartago, la mayoría de los ejecutados, una cifra que varía en los testimonios entre quince y treinta y cinco personas, eran trabajadores bananeros vanguardistas. En algunos relatos se afirmará que todos eran integrantes de la Guardia Nacional de Nicaragua y por eso fusilados.²²

En ambos bandos encontramos personas calificadas como repugnantes, grotescas o sanguinarias por sus mismos compañeros. De uno y otro lado hubo gente que se involucró en hechos sangrientos carentes de sentido militar alguno. Algunos de estos criminales fueron ayudados para que salieran del país, como ocurrió con el jefe del destacamento responsable de las ejecuciones del Codo del Diablo. Otros, como el temido coronel Áureo Morales, acusado por los crímenes de Dominical y Térraba, huyó hacia Nicaragua al momento de la desbandada, pero reapareció al lado de Calderón Guardia, en diciembre de 1948. Alguna gente vinculada con crímenes encontrará muertes trágicas, en un par de casos por mano propia. Otra tomará parte en otros eventos de violencia. Uno de los acusados por la tortura y asesinato de Nicolás Marín, pariente político de Calderón Guardia, intervino luego en los acontecimientos de Guatemala, en 1954, del lado de Castillo Armas y la fuerza expedicionaria organizada por la CIA. Era parte de un grupo mayor de costarricenses que peleó en esa oportunidad en Guatemala contra “el comunismo”. Un hombre que durante el año 1948 se ensañaba cruelmente con sus enemigos políticos asesinó a dos ancianos, ya terminada la fase en que la violencia podía tener la cobertura de una causa. Pretendía robarles.²³

Tanto José Figueres como Rafael Ángel Calderón Guardia silenciaron los asesinatos cometidos por sus correligionarios. Hubo muertes que fueron ordenadas pero sus autores intelectuales nunca fueron acusados judicialmente, como en el caso del Codo del Diablo. Ninguna de las personas responsables de asesinatos actuó en solitario. Otras personas estuvieron siempre cerca. Fernando Ortuño Sobrado cuenta en un libro-testimonio escrito hacia el final de sus días que él fue testigo de la muerte de los militares Pacheco y Brenes. En su escrito él describe con precisión el asesinato

de dos personas que no combatían. En el relato no hay indicio alguno de que alguien intentara detener a quien ejecutó a los militares.²⁴ Años atrás, este suceso había sido narrado casi de idéntica manera por otro testigo; en ninguno de los dos relatos se da el nombre de quien disparó.²⁵ Hechos como estos no fueron la excepción. Unos días después de este suceso, un insurgente le dio muerte a un campesino desarmado en El Empalme, acusándolo de ser espía. El ejecutor fue la misma persona que cometió los asesinatos de Quebradillas. Alguien lo recuerda como *“un hombre enfermo que ya había dado muestras de exaltación.”*²⁶

La violencia produjo conflictos personales que se van a arrastrar de por vida, y dan cuenta de una función de los testimonios. También sin dar nombres, un jefe militar calderonista, primo hermano del ex presidente Calderón Guardia, de apellido Mora Quesada, recuerda *“como un incidente que lo ha atormentado toda su vida”*, el asesinato de un joven de apellido Morice, en diciembre de 1948. A la distancia de cincuenta años, él le dice a los familiares del muchacho que su muerte fue rápida y sin sufrimiento, ya que se le disparó por detrás y en la cabeza. Este tardío consuelo llegó acompañado de un motivo desconsolador. Presuntamente, la víctima escuchó una discusión sobre la *posibilidad* de atacar un grupo de camiones del Gobierno que transportaba hombres y armas, idea que, sin embargo, fue *desechada* porque no se contaba con la gente para llevarla a cabo. Según esto, el joven murió por nada. Unos reglones más adelante, el relator agrega que días después de esta muerte ocurrió otro crimen similar, del cual también fue también testigo. Un campesino de unos veinte años de edad fue tomado por espía y ejecutado. El narrador se reprocha no haber tenido el valor de impedir el asesinato: *“me faltaron agallas para oponerme con más vigor a este crimen”*. A muchos años de distancia, continuaba viendo la mirada del joven. Muertes como éstas ilustran, dice él, que la guerra transforma a los hombres en seres a quienes les *“parecía normal dar rienda suelta a sus más bajos instintos.”* Habla de él mismo y de los suyos. En esta misma secuencia cuenta que uno de sus compañeros asesinó a otro para robarle unos dientes de oro. Fue fusilado. Unas páginas después, Mora relata que tomó disposiciones para que *“no se volvieran a cometer excesos de ninguna clase y, sobre todo, actos de abusos contra las mujeres.”* Impartió la orden de fusilar a quien *“abusara de las mujeres”* en los poblados por donde pasaban.²⁷ El comentario y la medida dejan planteada la pregunta sobre la frecuencia de los llamados “abusos”.

En un testimonio de marzo-abril del 48, un insurgente menciona el drama de una niña de catorce años *“abusada por catorce mariachis”*, que fue encontrada a punto de morir. De nuevo la palabra violación es evitada pero es de lo que se habla. Quien hace el relato habla también de una *“impresión que nunca se ha podido borrar de la mente”*.²⁸ Sobre el tema de las violaciones hay indicios fugaces en los escritos publicados. Parece ser un tema prohibido. Un niño de Corralillo de Cartago menciona que en su pueblo se decía que dos de sus primas habían sido violadas *“por los nicaragüenses”*²⁹ y una niña de Alajuela descubre al cabo de los años que una mujer conocida había sido violada por gente de uniforme.³⁰ En los documentos de los Tribunales de Sanciones Inmediatas aparece una causa por la muerte de un niño de cuatro años por disparos contra las viviendas, y la violación de una joven campesina, hechos ocurridos en Bustamante de Cartago. Según esta documentación esta mujer misma se negó a decir lo que le ocurrió. En una nota fechada el 2 de abril de 1948, el jefe de destacamento gubernamental

estacionado en Corralillo, el coronel Garrido, solicitó al Juez Instructor Militar que se iniciara un juicio contra un soldado de apellido Ortega. En esa nota se dice que *redujo a la mujer a la fuerza para satisfacer sus deseos*.³¹ En otro relato, una mujer menciona que su madre le había contado sobre un grupo de insurgentes dispuestos a ultrajar a las mujeres que se habían refugiado en una escuela. El jefe del grupo era un pariente de la madre, su primo.³²

Una primera conclusión salta a la vista. Sería incorrecto pensar en las consecuencias de la violencia política solo desde el punto de vista de las muertes acontecidas durante los enfrentamientos de 1948, o al número indeterminado de muertes ocurridas en los choques que se dieron entre 1946 y 1955. Hubo un costo adicional, muy difícil de contabilizar, del cual encontramos huellas dispersas pero persistentes en los testimonios. Mora Quesada es uno de los pocos que reconoce su implicación pasiva en dos crímenes ajenos a los enfrentamientos. Dice no haber hablado antes al respecto por vergüenza, pero también por el miedo a la posible reacción (vengativa) de los parientes de Morice. No obstante, su silencio también obedece a que respetó un pacto de silencio con sus compañeros; Mora escribe cuando era el último de los testigos que quedaba con vida, todavía reservándose los nombres de los implicados.

De muertes como la del joven Morice hay datos en la prensa de la época.³³ Pero no de la del otro joven campesino. Tampoco del campesino ejecutado en El Empalme. Hay sucesos que solo quedarán registrados en memoria de los participantes. Son muertes que luego entrarán después en una cuenta anónima e imprecisa, presentada como el costo lamentable de las instituciones políticas y sociales de la segunda mitad del siglo anterior. Si esta cuenta agregada se descompusiera detalladamente, otro cuadro emergería.

Las muertes revividas en los relatos deben situarse como un punto de intersección, con proyección a futuro, de muchas otras vidas. De un lado tenemos personas que sufrieron por la pérdida de un ser querido: padres, hermanos y hermanas, hijos e hijas, esposas o novias, amigos y amigas. Y del otro, familias afectadas por el peso de una vida marcada por la violencia de uno o varios de los suyos. Hacia el final de su escrito Mora Quesada reconoce que él ha estado atormentado por lo que llama *“la imposibilidad de perdonarse a sí mismo”*. Menciona largas horas de insomnio pensando en lo ocurrido, y un hogar, el propio, desestabilizado por *“las incongruencias de su vida.”*³⁴ En otro tramo del texto, evoca el miedo en la mirada de su hijo, una vez que alzó la mano para castigarlo; la mueca del hijo le evocó entonces los ojos suplicantes de uno de los jóvenes asesinados y esta vez lo que se disparó fue el llanto. El llanto emerge de nuevo al releer su escrito, antes de la publicación; en esta oportunidad la esposa acude en su consuelo. Otros que nacieron después, o que no tuvieron relación alguna con estos actos de violencia, serán también afectados.

También a la distancia de cincuenta años, el escultor Néstor Zeledón recuerda que el odio que lo motivó participar en la invasión de 1955 nació con el atentado contra su casa de habitación, en 1948. Por otras fuentes sabemos que fue atacada con explosivos. Zeledón acepta que en 1955 él disparó *“hasta hastiarse”*, y que entre sus compañeros de armas vio *“cosas espantosas”*. Más no dice, cual si llegara al borde de lo innumerable. Sin que quede claro si el acto se consumó, narra que un día en que iban a fusilar a un enemigo, uno de sus compañeros increpó al condenado por haberse puesto en tal

situación, y por haberlo puesto a él en un difícil predicado. Era un amigo o conocido de la persona que iba a ser fusilada.³⁵ Por otras fuentes, se tiene noticia del fusilamiento de ocho prisioneros, como reacción a la muerte de un jefe militar calderonista.³⁶ Un testigo menciona el *asesinato* de cinco o seis prisioneros por “*dos compañeros exaltados*” de su grupo.³⁷ Esto no aparece en el relato de Zeledón, ni sabemos si el suceso contado por él corresponde a este fusilamiento o a otro. Pero su narración no está en el aire.

Para Zeledón uno de los legados de largo plazo que dejó esta época fueron más de cuarenta años de abstencionismo electoral, interrumpidos en el año 2002, por la candidatura presidencial de uno de sus compañeros de armas, el médico Abel Pacheco. Sería interesante conocer si por lo menos una pequeña franja del abstencionismo electoral de 1958 en adelante tuvo causas parecidas. En uno de los relatos, un padre que “*quedó con nervios para toda la vida*” no permitirá más que su esposa y sus hijos participen abiertamente en política. Si la había debía ser silenciosa.³⁸

Las personas que hablan de *recuerdos imborrables* oscilaban entre los 20 y los 25 años en 1948. Empero, cuando escriben son ya adultos mayores. Su vida quedó marcada por las consecuencias de sus actos de juventud. Cuarenta años después de los hechos, otra de ellas iniciaba un largo y detenido relato reconociendo que al escribir volvió a sentir los “*horribles sentimientos que lo embargaban entonces, y que creía superados*.”³⁹ Otro más, un hombre que tomó repetidamente las armas, concede haber tenido una gran depresión y sentido una inmensa culpa al enterarse de la muerte de un amigo al cual él mismo convenció de unirse a la lucha en 1948. Aparentemente el cuadro depresivo se prolongó durante varios años, sin que sepamos qué otras consecuencias tuvo en su vida. Esta es otra de las personas que escribe siendo un hombre mayor.⁴⁰

La muerte del amigo o familiar deja huellas imborrables. Varias veces este motivo es mencionado como causa de otras muertes, en arrebatos de revancha.⁴¹ Otras veces lo que perdura es un lamento doloroso. En un relato la muerte de su hermano golpea a un hombre con una gran fuerza y es un despertar respecto a la realidad de la guerra, la cual inicialmente parecía ser tan solo una emocionante aventura.

4. Efectos colaterales de la situación trágica

Si explorando en la dirección que se ha hecho, nos encontramos con una segunda generación que creció aferrada a eventos acontecidos en su infancia o en su adolescencia. Niñas y niños que crecieron sin un padre o un hermano, o resintiendo la desaparición de una persona querida o conocida.⁴² La figura del *desaparecido* fue entonces una realidad para algunas familias. El caso del joven Morice fue uno entre varios.

Un niño de aquellos días recuerda a su madre fijada en el llanto durante años debido a la muerte de su hijo, un joven que no había llegado a los 22. Pese a su edad este muchacho ostentaba el rango de capitán. Las primeras semanas de la guerra se las había descrito a sus familiares como una “*aventura recreativa*”, hasta que lo alcanzó la muerte. Como la mayoría de quienes perdieron la vida en El Tejar, su cadáver desapareció consumido por el fuego, en una fosa común. Sin cuerpo y sin papeles de defunción, con apenas una escueta comunicación verbal sobre la muerte de su hijo quien supuestamente cayó “*peleando como un valiente*”, la madre se aferró a la ilusión de su regreso.

La desaparición de este joven es registrada por el hermano que rememora como algo más doloroso que la misma muerte, y respecto a su madre, como la causa de una “*enajenación por un sufrimiento interminable*”, tan doloroso que el muerto se convirtió en un objeto tabú, del cual no se podía hablar en la familia.⁴³ Los silencios-tabú, pactados o espontáneos, son frecuentes en las narraciones.⁴⁴ Dicen de duelos que se congelan y nunca concluyen. Lo que queda es un hueco, privado y colectivo al mismo tiempo.

Algunos niños de esta segunda generación crecerán con el recuerdo de asesinatos que quedaron impunes. A sus doce años, uno de ellos hizo un largo viaje para llevarle abrigo y comida a su padre, detenido en San José. En el camino es interceptado por familiares para comunicarle que la noche anterior había sido asesinado por quienes lo traían preso. La ilusión de ver al padre se transformó en el encuentro con un cadáver.⁴⁵ En otro caso, la muerte violenta del padre motivará al hijo a tomar las armas unos años después. El hijo del militar Rigoberto Pacheco Tinoco tomó parte en la invasión de 1955. En la familia del coronel Pacheco esta muerte quedó como un asesinato a sangre fría, seguida de una amputación de los genitales. Así lo sostiene uno de sus hermanos, padre de Abel Pacheco de la Espriella.⁴⁶ Y así lo repetirá el último varias veces en las décadas siguientes. Los jóvenes Pacheco Musmanni y Pacheco de la Espriella se alzaron en armas en reacción a este hecho y no sólo por un ideario político. A su vez, la participación en este hecho de sangre marcará las vidas de estos jóvenes.

Niños y niñas vivieron la persecución de sus padres, y abuelos, y las amenazas de muerte contra ellos. Otros vieron las heridas en el cuerpo de parientes, amigos y vecinos. En algunos casos fueron testigos de una violencia que alcanzaba a sus iguales. A uno le tocó presenciar como su compañera de juegos era alcanzada por un balazo en una pierna, y se la destrozaba. La escena le dejó un “*miedo fantasmal*”.⁴⁷ Otro cuenta del balazo en la pierna de un primo de doce años, el cual no atendió un llamado a detenerse.⁴⁸ En Turrialba un niño de ocho años que sacó su cabeza del aula donde recibía sus lecciones fue muerto de un disparo, cuando ya la guerra había terminado. Nunca se supo quien lo mató.⁴⁹ Antes mencionamos la muerte de un niño de cuatro años por un disparo en Bustamante de Cartago. Estas muertes accidentales ocurrieron con frecuencia.

De muchas maneras la violencia tocó a la niñez. Un niño cartaginés de seis años entonces, menciona que su madre le prohibía ver por la ventana ya que afuera estaban los cuerpos amarrados de tres personas recién fusiladas. Como en otros casos, la curiosidad pudo más.⁵⁰ Una niña cuya familia quedó en medio de la batalla de El Tejar, encuentra un hueco en la pared para mirar, también contra la voluntad materna; lo que ve entre penumbras son hombres lanzando bultos al fuego, escena que le quedará grabada en la mente, acompañada del olor particular de la carne humana quemándose.⁵¹ Varios de estos niños y niñas de entonces se recuerdan en medio de balaceras, en Limón, Cartago, San José y Alajuela, y repetidas veces aparece un adulto, casi siempre la madre, pidiéndoles u ordenándoles que no miren lo que tiene lugar al alcance de sus ojos. La imagen de la sangre aparece con repetidamente en estos textos. Un niño de entonces se revive caminando en un charco de sangre en un cuartel josefino, y otro recuerda a su madre limpiando la sangre del corredor de su casa. En un relato, la memoria infantil retiene el hilo de sangre que dejaba un camión que transportaba heridos y muertos. Son vivencias que marcan la infancia, y que tienen consecuencias futuras.

Un hombre que por aquellos días estaba en el vientre materno reproduce luego un relato de su madre, la cual recordaba sentir el horror de su respectiva madre (la abuela) encima de ella, protegiéndola con el cuerpo tembloroso de las balas silbantes.⁵² El relato de un miedo que pasa de un cuerpo a otro y es recogido en palabras por un ausente, el no nacido, pone un puente entre tres generaciones. Otro nonato menciona la expresión con que su abuela intentaba calmar a su hija, angustiada de todo lo que se oía sobre la guerra: *Es la teta la que les pasa (a los niños) los nervios de la madre*. Y efectivamente, este niño crecerá con historias abundantes sobre el 48 y también con miedos. Fue bautizado con un nombre de la época: Otilio.⁵³

Costos dolorosos vendrán como consecuencia de los lazos que las hostilidades disolvieron o rompieron, al homologar al pariente o al vecino con un enemigo. Quien tomaba las armas tenía la posibilidad de toparse con un conocido o un familiar en el lado contrario. En los relatos aparece la referencia a hermanos, primos, y parientes políticos que se colocaron en lados opuestos. Algunos se dispararon y hasta se hirieron.⁵⁴ En los recuerdos de un niño aparece la mención de dos hermanos heredianos que se enfrentaron en Puerto Soley, en diciembre de 1948. El del bando perdedor salió del país y murió en el extranjero. El que estuvo al otro lado de la línea de fuego fue herido gravemente en el pecho, y una mano le quedó dañada de por vida.⁵⁵ Esta remembranza es confirmada por otros dos testigos independientes. Uno de ellos agrega que del lado del hermano gravemente herido estuvo también un tercer miembro de la misma familia, un primo u otro hermano. El otro testigo menciona que el hermano que luego se marchó del país impidió el fusilamiento de los prisioneros, entre los cuales estaba su hermano herido y su primo.⁵⁶ No fue el único caso de hermanos-enemigos que hubo en Puerto Soley. Otros dos, de apellido Starke Jiménez, físicamente tan parecidos que podían confundirse, lucharon uno contra el otro, cada uno como jefe militar de su respectivo bando. Hubo más casos semejantes a lo largo del conflicto.⁵⁷

Los hermanos-enemigos son el extremo que muestra como las redes familiares se tensaron y resquebrajaron en relaciones de amigo-enemigo, o cuando menos en relaciones de hostilidad. Dicen de la manera en que se tensó toda la sociedad en el curso de estos años. Muchas personas dejaron de ser quienes antes habían sido para las otras. En virtud del mimetismo político los lazos personales fundamentales fueron desconocidos, cuando menos temporalmente. *"Familias enteras se minaban"*, dice un testigo.⁵⁸ Se astillaron o se fragmentaron. Los ejemplos abundan. En un caso entre varios, un pariente político le dice a otro que la familia ha dejado de existir, porque hay guerra, y acto seguido lo mete en prisión.⁵⁹ Luego se le pagará con la misma moneda. En otro, una niña recuerda el temblor que le produjo escuchar a su abuelo gritar: *"me voy de esta casa, yo no puedo vivir más con ulatistas"*. Y se marchó. Los "ulatistas" eran para él su nieta pequeña y sus padres, pero también quienes incurrían en actos de terrorismo. Todo era lo mismo; se borraban las diferencias.⁶⁰ Una niña que le lleva ropa y comida a su padre preso encuentra entre los guardas a un tío materno. Con la esperanza de recibir ayuda se dirigió a él, pero la reacción del tío fue lanzar la comida al suelo y patear la ropa limpia. Ya sucia la recogió para que se la diera al padre, su cuñado.⁶¹

Con la defensa de la distancia, el tiempo y la voz de un niño o niña, algunas personas reconocen sus deseos de muerte dirigidos contra familiares, por motivos políticos, y otras describen lo que era sentirse odiados por parientes y conocidos.⁶²

Muchas personas se descolocaron del lugar que tenían en los mapas personales de referencia, y acto seguido desconocieron las consideraciones esperables de ellas con respecto a quienes estaban unidos por lazos de sangre, o por alianzas. Lo ocurrido en estos años sirve muy bien para ilustrar la facilidad con que la institución familiar puede ser conmovida en sus cimientos por un proceso social, incluso cuando al mismo tiempo se reivindica la familia como base del orden social. Esto último lo hizo con gran fuerza el discurso de la reforma social, inspirado por la Iglesia Católica.

Los odios produjeron divisiones profundas en todos los niveles de la escala social. El caso de la familia Orlich está documentado en los materiales de los Tribunales Especiales y es mencionado en dos relatos. Representa a muchos otros.⁶³ Miembros de la rama familiar derrotada fueron perseguidos y acusados; uno de sus integrantes huyó hacia Nicaragua y volvió con los invasores en diciembre de 1948, dispuesto a enfrentarse a la otra parte de la familia. En no pocas ocasiones las divisiones separaron la familia del padre y la de la madre, haciendo del hogar una réplica de la situación general existente, y por lo mismo, un pequeño infierno.⁶⁴ En un caso que se repite con pequeñas variantes, la madre quedó de un lado, y el padre del otro. Los hijos quedaban en medio, sin saber cómo orientarse. Sabemos de padres e hijos que tomaron partidos opuestos y también de familias que se compactaron en disputas contra otras. Algunos clanes familiares alineados en un sentido vieron a uno de sus miembros cruzar hacia las líneas opuestas; por lo menos en una oportunidad la represalia tomó la forma de un atentado con explosivos en contra del familiar desleal. Ocurrió también que la venganza se descargó contra personas inocentes, sin relación alguna con los hechos atribuidos a uno de sus familiares.

Una presión externa hizo que los afectos hostiles procedentes del mundo político se filtraron en las grietas del mundo privado y personal, y las ensancharan. La intensidad de la dinámica violenta inauguró relaciones de distancia y enemistad, a cuya cuenta se pondrán otros hechos posteriores.

En el año 2007, un adolescente de aquellos días relata en la prensa un episodio donde aparece una tía de su padre, muy querida entonces y todavía respetada, la cual, sin embargo, fue la que entonces señaló su casa, gritando a toda voz que los que allí vivían eran mariachis caldero-comunistas. Esto sucedió a fines de abril de 1948, cuando los alzados ingresaron a San José. En los días siguientes, el padre del joven fue apresado y él mismo golpeado.⁶⁵ El hecho fue lo suficientemente impactante para seguir resonando, casi sesenta años después.

Este cuadro tendría que complementarse con datos sobre lo que ocurrió en la vida de las comunidades. La polarización alcanzó pueblos de apenas unos pocos cientos de almas. Las divisiones y enemistades se condensaron en personas que hostigaban y maltrataban a sus vecinos por su color político. Los apellidos de algunos de estos personajes, o sus sobrenombres, se recogen en las memorias como emblemas de la crueldad y la alevosía.⁶⁶

5. La tragedia y la catástrofe

Es desde vivencias como éstas que algunas personas hablarán de una *tragedia en la familia costarricense*. Para mucha gente en ese momento ocurrió una *gran ruptura*

en su vida. Un tránsito brusco de un mundo casi siempre idealizado, recordado como amable, tranquilo e incluso feliz, a otro poblado de rencores, miedos y peligros.

La quiebra de las relaciones de cercanía y amistad introdujo el desconcierto y la incertidumbre. Lo conocido-familiar se volvió extraño. Personas cercanas se transformaron en seres temibles o aborrecibles. La violencia cotidiana movió los puntos privados de referencia al mismo tiempo que trastocaba los colectivos: pleitos callejeros continuos, golpes, discusiones interminables e insultos, disparos, heridos con machete o cuchillo, atentados, registros y asaltos de viviendas, amigos convertidos en enemigos "sin saber por qué", disputas familiares, parientes que desaparecían o que no se volvían a visitar, pulperos que perdían parte de su clientela y clientes cuyos pulperos no les vendían más, vecinos que se insultan o se difaman, cambios de casa o de pueblo, maestros que discriminaban a unos niños por el color político de la familia, cierres de centros de educación por divisiones entre los docentes, preguntas y sospechas sobre la filiación política del cura del pueblo.

La forma en que lo cotidiano-conocido se transmutaba o se rompía deja sin palabras: *"Ahora que estoy reviviendo aquellos tiempos, recuerdo, aunque no puedo expresarlo con palabras, lo que yo sentí, cuando presencié tanto maltrato y tanto dolor. Recuerdo que lloraba mucho pues ya ni tenía ganas de hablar, ni de reír, ni de salir a la calle porque la gente no era igual, en las noches no se podía dormir tranquila."*⁶⁷ La nueva situación no podía ser atrapada con las palabras de siempre. A la vez, ella introducía otras nuevas. Vocablos poco usados o desconocidos empezaron a correr de boca en boca. El término "black jak", por ejemplo. Los nombres de algunas personas evocaban reacciones positivas o negativas casi inmediatas. Los adultos conversaban sobre cosas que preferían no mencionar delante de los niños: de asesinatos, fusilamientos, mutilaciones y violaciones. Los acontecimientos, dice un testigo, y lo confirman otros, trajeron palabras que *golpeaban hondo los tejidos afectivos*. Una de ellas fue la palabra terrorismo.⁶⁸

Por la fuerza con la cual estos hechos afectaron muchas vidas, se podría decir que el año 48 tuvo un significado similar al de una catástrofe. En los mitos los encadenamientos humanos trágicos suelen ir acompañados de pestes, plagas, sequías o inundaciones. La naturaleza sublevada sugiere o expresa en ellos un conflicto humano profundo. De manera parecida, en los relatos el año 1948 aparece frecuentemente asociado a una catástrofe natural. La gente se recuerda en medio de un *"mar abatido por furibundas tempestades"*.⁶⁹ Los odios incandescentes son comparados con la irrupción *"de un volcán bajo los pies, donde se pensaba que solo había zacate verde y flores."*⁷⁰ Si reflexionamos, encontramos que no son imágenes gratuitas. Después del terremoto de 1910, fue el suceso que provocó el mayor número de muertes violentas en el siglo XX. En este sentido podría decirse que el 48 fue el epicentro de una *catástrofe social*.

La figura de la catástrofe social puede complementar el concepto de tragedia empleado. Una catástrofe social remite a una cadena de eventos de una magnitud inusual o desconocida, la cual causa alteraciones bruscas y profundas en un entorno. Es una situación extrema, humanamente provocada, que puede tomar distintas formas, desde una guerra o una matanza étnica hasta una crisis económica. Consustanciales a la idea de catástrofe son las dimensiones de lo ocurrido y por lo tanto las pérdidas: humanas y materiales, afectivas y simbólicas. Las catástrofes sociales suelen dejar heridas y secuelas, señales en el espacio físico y social, en la piel y en la intimidad. Ponen

un antes y un después. Algo imprevisto, contrario o muy distinto de lo cotidiano-familiar, relevante por sus proporciones y su significación, originado en un orden político-cultural que al mismo tiempo resulta desbordado, irrumpe con una fuerza que supera o rehuye los recursos para su representación a disposición de las personas y del colectivo.

Al igual que las catástrofes a veces equivocadamente atribuidas a la naturaleza, las catástrofes sociales dejan traumatismos diversos. Algunos son momentáneos. Otros tardan tiempo en ser procesados y pueden dar pie a complicaciones con efectos autodestructivos, particularmente cuando se amarran con sentimientos de culpa. Algunos de esos traumatismos se expresan en retorno de imágenes, en re-escenificaciones de lo vivido, en lagunas en la memoria, en señales que desatan estados de alerta y pánico, y en conductas autodestructivas. Ante la dimensión del evento desorganizador, los afectos liberados tardan en ser integrados por la organización yóica, o nunca los son.⁷¹ Hay una exigencia desmedida sobre el aparato psíquico, que lo desborda. En el caso de los traumas la capacidad de representación misma queda comprometida. La experiencia traumática no puede ser elaborada, queda descontextualizada, desnuda. La escisión propia de lo que no puede ser simbolizado dentro de una red de sentido compromete la capacidad de pensar y en consecuencia la memoria. En esto consiste el trauma. A la par, las catástrofes sociales también profundizan conflictos intrapsíquicos. Dilemas no resueltos en el curso del proceso de maduración pueden cobrar nuevas expresiones y renovada fuerza. A la vez, las catástrofes humanas crean conflictos ellas mismas. Los teóricos de las relaciones objetales han llamado la atención sobre las consecuencias de la interiorización de las experiencias de relación con los otros, y muy en particular sobre la introyección de las dinámicas destructivas en que un ser humano puede quedar envuelto, particularmente en la niñez.⁷²

En la doble perspectiva del trauma y del conflicto, las catástrofes sociales abren en algunos casos procesos psíquicos inéditos y en otros aceleran los ya preformados. Lo que le ocurrirá a la gente depende de la calidad, fuerza y extensión del golpe o de los golpes, y del terreno cultural, vital, social y subjetivo sobre el cual los primeros caen. Cada uno de estos planos tiene su propia complejidad. Lo central es la forma en que la experiencia puede ser internamente representada.

Dos aspectos relevantes han sido destacados por quienes desde una perspectiva psicológica han estudiado poblaciones afectadas por catástrofes sociales.

Se ha resaltado que ellas alientan procesos de des-identificación. Con ello se dice que los enlaces sociales se resquebrajan y se rompen.⁷³ Lo primero sucede casi de manera automática e involuntaria en razón de la desorganización social producida. Lo segundo puede ser a veces buscado. Puede ocurrir que un conjunto de vínculos sea desconocido en la medida en que se convierten en un obstáculo para la supervivencia personal, física o social, real o imaginada. Eventualmente pueden ser vividos como obstáculos para tener acceso a ventajas o favores. En medio de un conflicto social la des-identificación es la manera de adherir públicamente una causa, en contra de otra. Luego, en aras de la *autoconservación* se dañan y desmantelan las redes humanas que habían venido dando sostén, referencia e identidad.

La dinámica de los mimetismos malévolos resaltada por Girard tiene como un acompañante menos atendido una ruptura de lazos significativos inmediatos, además

de un posicionamiento hostil frente a un otro. El mecanismo grueso contiene este doble movimiento.

Junto a los procesos relacionados con la *autoconservación* del yo, estarían aquellos otros relacionados a la *autopreservación* del yo. Quienes utilizan este concepto apuntan con él al esfuerzo del yo por mantener algún tipo de consistencia con una representación nuclear de sí mismo en las circunstancias más difíciles y adversas. Como es sabido, la coherencia con los enunciados básicos que aportan identidad ha sido muchas veces más importante que las ganancias atribuidas a una posición social, o que la vida misma. No todas las personas hacen suyos los impulsos a-sociales que las situaciones extremas favorecen con gran frecuencia. Pero lo usual es que las situaciones extremas obliguen a la gente a tomar decisiones que ponen a prueba sus códigos éticos. Quien trata de conservar algo de consistencia en circunstancias donde hay pérdidas significativas o las exigencias para sobrevivir son inusuales, debe enfrentar tensiones y conflictos que con frecuentemente no se pueden manejar o resolver de la mejor manera, creando o removiendo sentimientos encontrados, generalmente dolorosos. La coherencia, al igual que la incoherencia, tiene su precio y éste bien puede ser muy alto.

Gran parte del material disponible sobre el 48 puede ser pensado con estos puntos de referencia. Si ponemos la atención en las contradicciones entre los impulsos de autopreservación y de autoconservación nos equipamos con una lente para empezar a explorar esos silencios llenos de miedo y de vergüenza que han durado cincuenta años y más, al igual que los saltos, vacíos y contradicciones presentes en muchos relatos. Con esa lente imaginaria podemos también aproximarnos de otra manera a la situación de aquellas personas que en los relatos son calificadas de “traidoras”, “pancistas” o “volcadas”. Desde luego, esto no excluye la exploración de las micro-dinámicas psíquicas individuales, cuando ello es posible. Como hemos visto, alguna gente vio emerger entonces un lado suyo desconocido o poco conocido, con implicaciones de por vida. Otra lo descubrió en personas que creía conocer. A la par está la gente que se rehusó a des-identificarse con quien ella creía ser, y contra viento y marea trató de mantenerse en una ruta contraria o distinta de aquella hacia la cual llevaban los odios incandescentes.

En muchos testimonios aparece la mención de hechos *espantosos o terribles*. En ocasiones estos adjetivos indican la ausencia de palabras adecuadas para comunicar lo vivido, y algunas veces la presencia de conflictos que nunca se han podido resolver. La apelación a lo terrible es en ocasiones una forma de preservar el silencio y de no tocar heridas mal cerradas. Entre el silencio y las palabras empleadas encontramos toda una gama de posibilidades. A diez años de los hechos, una niña observaba que cuando los adultos hablaban del 48 hacían lo posible por entretenerse en comentarios divertidos, rehuyendo los “malos recuerdos”. Pero lo que empezaba jocosamente terminaba frecuentemente en rostros tristes, suspiros, lágrimas en las mejillas y en un melancólico silencio materno. La conversación concluía hundiéndose en el silencio. Para la niña nada quedaba claro. Faltaban palabras. Complemento de estas escenas es lo que ella misma llama *el trauma* de sus hermanos mayores, aquejados de un gran miedo a la oscuridad. Al parecer eran miedos asociados con lo que el grupo familiar vivió durante los días de lucha, en San Isidro del General. La niña los hizo suyos aunque no había nacido cuando todo ocurrió.⁷⁴

La palabra trauma aparece con alguna frecuencia en los relatos. En ocasiones está como sinónimo de lo espantoso.⁷⁵ En otras oportunidades describe un presente continuamente invadido desde el pasado por imágenes y sentimientos que se niegan a transformar en historia. A veces está ligada con historias incansablemente repetidas, sin mayor variación. Algunos hijos percibieron que sus padres abrigaban penas que no ponían en palabras e interpretaban que lo hacían para que ellas no los alcanzaran y contaminaran. Algo parecido al mandato de “no mirar lo que sucede” puesto en boca de varias madres. Otras niñas y niños, por el contrario, serán casi saturados por los relatos de sus mayores y llegarán a la adultez con ellos, como si fuesen parte de sus propias vivencias. Mucha gente creció con una versión privada o familiar de los hechos, nunca contrastada públicamente. Un acompañante de las palabras que no se dicen, que se quedan cortas, o que se repiten, es la memoria agujereada o distorsionada. Eventos que tuvieron una duración precisa, según se sabe luego, se alargan en el recuerdo toda una eternidad, amplificando al mismo tiempo algunos contenidos particulares, en detrimento de otros: la fuerza de algunos sonidos y ruidos, o la intensidad del miedo sentido.⁷⁶ A veces, por el contrario, días y semanas son casi borrados, dejando en su lugar una nebulosa.⁷⁷

En el vocabulario de Girard podemos hablar entonces de un proceso político que llevó mucha gente a distanciarse y separarse de los suyos, y en algunos casos a renegar de ellos, en virtud de una mimesis con un bando político y un caudillo. Otro estudioso de las situaciones extremas menciona una convergencia crítica entre procesos de *des-socialización* (ruptura de lazos), y *des-individualización* (identificarse con un colectivo mayor, y actuar desde él)⁷⁸ Estos términos también serían apropiados para describir buena parte de lo presentado. Hubo personas, incluso niños, que llegaron a ver en sus familiares enemigos que perjudicar y hasta matar, algunas realmente, y otras cuando menos en la fantasía.

Una situación de rasgos trágico-catastróficos, como fue la nuestra, dejará huellas en las generaciones siguientes. Ellas muy posiblemente no se agotan en las simpatías o animadversiones político-partidistas, ni necesariamente van a desaparecer una vez que ellas pierdan fuerza. Corresponden a otro nivel, menos visible.

Una vez pasado el epicentro de la catástrofe la gente superviviente se enfrenta a la tarea de rehacer su vida de la mejor manera posible. Entre otras cosas, va a requerir de algún tipo de estrategia personal para reconquistar algo de coherencia interna y volverse a colocar en el escenario social. Alguna tendrá éxito y otra no. Para los perdedores y los derrotados, cuando se trata de situaciones políticas, resulta mucho más difícil integrarse a la normalidad de los vencedores, de ser tal cosa posible. Caben esperar muchas complicaciones. La elaboración del duelo puede ser acompañada de un ensimismamiento que se confunde con la depresión, y la depresión real puede vestirse a veces de un ensimismamiento por motivos políticos. A veces las estrategias fallidas acarrearán nuevas y trágicas complicaciones. Por ejemplo, cuando el esfuerzo de evacuar o neutralizar los efectos dolorosos de lo vivido requiere de prótesis externas. Las adicciones podrían contabilizarse entre ellas.

La elaboración solitaria, silenciosa y lenta es una posibilidad que tiene límites, sobre todo cuando no hay un esfuerzo social que la facilite y la valide. Es difícil hilar en solitario.

En varios relatos con que contamos el miedo es nombrado (o insinuado) como la causa de un desfase entre los dramas y penurias vividas en carne propia y la insuficiencia de las explicaciones retroactivas sobre lo que pasó. A él se le imputa una incoherencia que perdura. Pero la explicación puede ir también por otro camino. En un relato aparece la sospecha de que no es solamente el miedo individual o privado el responsable de tal discordancia. Algo más se interpone, que sigue siendo una incógnita. Un niño de aquellos años escribe:

Pero siento que hay una nebulosa dentro de mi mente. No sé si por ignorancia académica o por bloqueo psicológico, todo lo que ocurrió en la revolución no me queda claro. Podría ser que a nuestros políticos no les interesa que conozcamos la verdad o ellos también la desconocen. En fin, no sé. Tengo conciencia de que la mayoría de los costarricenses con los que hablo ocasionalmente tampoco lo tienen muy claro. No sé cómo se resolvió el enorme dolor causado por la pérdida de innumerables vidas humanas, de familias destruidas, de familias fragmentadas, de empresas desmanteladas, de pérdidas materiales etc. No sé cómo un liberacionista puede convivir con un pariente mariachi, que segó la vida de un pariente cercano, ni viceversa. No sé si se resolvió el enorme trauma emocional que ocasionó la revolución a todos los costarricenses.

Se me enseñó que el resultado de la revolución fue bueno, que las consecuencias fueron las buscadas, que los actos ocurridos, a la luz de las condiciones actuales, están completamente justificados. Tengo dudas. Pero si estoy seguro de una cosa y es que ahora que me encuentro en los umbrales de la tercera edad, con esposa, con tres hijos y un nieto, no deseo para ellos ni para ningún compatriota costarricense la traumática experiencia de otra revolución.⁷⁹

Dos veces aparece la palabra trauma en este pequeño texto. Hay duda e incertidumbre. Cincuenta años después siguen existiendo muchas cosas que no se comprenden, preguntas a las cuales no se le han encontrado respuestas convincentes. El rompecabezas no se ha armado. Este adulto continuaba en un esfuerzo de re-simbolización, buscando palabras para capturar lo que escapa a ellas. En cierto sentido, este hombre esperaba la oportunidad de una elaboración que la sociedad costarricense de la segunda mitad del siglo XX no se podía permitir. El riesgo era muy grande. Significaba mostrar su talón de Aquiles. La paz del presente requiere del sacrificio de la memoria. El recuerdo de los buenos tejedores no se debía perturbar. Sobre él se monta una institucionalidad, el nuevo orden legítimo.

Este texto también remite a otras de las dificultades con que tropieza la elaboración. Quien lo escribió tenía seis años en 1948. Es un niño judío. Unos años antes las familias de su madre y su padre habían sido asesinadas por los nazis, en Polonia. Con esta referencia comienza este hombre su relato y al final del mismo, luego del párrafo anterior, habla de una superposición entre el estado de “paranoia nacional” entonces existente y su “paranoia judía”, la que venía de su historia. ¿Una convergencia de traumatismos? Cada cual participa del momento trágico con una historia singular. Esa otra historia es central para entender los enganches desiguales en la dinámica trágica. Y en algunos casos, también la negativa a sumarse a ella.

6. Cierre

El concepto de tragedia y la figura de la catástrofe coinciden en presentar un cuadro social de desborde. Algo sobrepasa los límites de lo conocido. En los testimonios se pone el énfasis, con razón, en un desborde de los odios.⁸⁰ Pero antes de eso, o a la par, aconteció un rebalse paulatino de la institucionalidad existente.

Como ya fue mencionado, al rebalse contribuyeron factores precipitantes externos, como casi siempre sucede. Hubo, además, un sedimento social e institucional que se fue desequilibrando en una dirección favorable al choque violento, al punto de que no pudo ser detenido. Las representaciones del país-arcadia y del país-oasis, presentes al principio y al final del período convulso, fueron activamente neutralizadas y reorganizadas a favor de la violencia, haciendo de ellas un paso necesario para conservar un pasado excepcional en peligro. Con acentos específicos, el argumento del pasado bueno fue utilizado por los dos bandos para sus respectivos propósitos. Si en algún momento se mostró la reversibilidad del discurso de la paz y las posibilidades de manipularlo en una u otra dirección, fue en estos años. Se usó para defender los fraudes electorales y también para llamar y hacer la guerra. Y salió fortalecido.

Cuando el antagonismo llegó a su clímax, las salvaguardias y defensas extra jurídicas que se apoyaban en el supuesto del país excepcional colapsaron y no pudieron cumplir sus viejas funciones. En años anteriores ellas habían logrado contener los efectos de las dosis de violencia inherentes a un sistema electoral débil y a una cultura política caudillista, evitando que las tensiones sociales y políticas escalaran a niveles imposibles de manejar. Después de la dictadura de los Tinoco existió una importante sensibilidad en ese punto. Pero evidentemente ella por sí misma no era suficiente. Una vez neutralizado el imaginario del país de paz no hubo palabras fuertes y oportunas contra la violencia, ni se pudieron activar los viejos rituales preventivos y curativos que ponían los conflictos episódicos al servicio de la cohesión social. Tal era el caso del ritual del pacto, que obligaba a todos a deponer oportunamente algo para garantizar algo mayor, y en casos más graves, el ritual del perdón y el olvido, con su consecuencia más importante, la amnistía política general, usada frecuentemente. La activación de estos dispositivos de seguridad dependía de la capacidad de reacción y de la legitimidad del Poder Ejecutivo. A fines de los años cuarenta él carecía de lo uno y de lo otro.⁸¹

Con la palabra desborde nos colocamos ante una situación singular en los marcos de experiencia de entonces. El desborde es registrado con palabras diversas: “algo cambió abruptamente”, “hubo un giro inconcebible”, “ocurrían cosas que no podían estar pasando”, “fue una pesadilla sin contornos”⁸². El tono y el contenido de la mayoría de los relatos hacen pensar que los sucesos fueron vividos como un abandono momentáneo de la realidad, o como un ingreso a otra realidad, a una imposible, de pesadilla.

Los campesinos mediterráneos hablaban de sobrepasar o saltar la “lira” cuando un labrador se salía de la porción de tierra preparada para el sembrado. El trabajo fuera del surco era un exceso improductivo. La palabra delirio deriva del latín *delirare* que significa a su vez apartarse del surco o desbordarlo.⁸³ El delirio es el fenómeno fundamental que caracteriza la psicosis. Para los propósitos actuales esta mención sólo

interesa en función de imaginar lo que pudo significar nuestro desborde trágico en la vida de la población.

Según los testimonios, conforme la polarización se acentuó mucha gente se fue aproximando a un mundo de evidencias irrefutables, blindadas a los argumentos que las podían suavizar y relativizar. La capacidad para discernir quedó seriamente comprometida. En el despliegue de la escalada violenta, todo acto, propio o ajeno, fue objeto de una interpretación precisa y en muchos casos anticipada. Si de un lado la disolución o alteración de los vínculos sociales producía miedo e incertidumbre, del otro el alineamiento político se basaba en certezas. Poco a poco, la gente llegó al "convencimiento íntimo" de que la violencia era inevitable. La consigna del "ojo por ojo y el diente por diente" reposaba en la certeza de que unos representaban el bien y otros el mal. Los adultos y los niños veían las cosas de manera muy semejante, en constelaciones de malos y de buenos. Las certezas-convencimientos nutrieron los antagonismos y estos se tradujeron en actos destructivos de distinta calidad, que verificaban lo inicialmente presumido. Como se puede seguir en los testimonios y en la prensa de la época, surgió una segunda realidad habitada por figuras culturalmente conocidas: el bien luchando contra el mal, Dios enfrentado al demonio, una Patria-Paraíso a punto de ser engullida por la serpiente, fantasías de martirio y redención, convicciones que justificaban levantar la espada de fuego y gente dispuesta a comportarse como arcángeles.⁸⁴ En los testimonios encontramos evidencias repetidas de que algunas personas fueron a la lucha con convicción e incluso de alegría, sintiendo que su esfuerzo y eventual sacrificio significaba participar de algo mayor, trascendente, una vez igualado a la Patria y otras a la voluntad divina. De distinta manera todos estos motivos negaban y desbordan el cuadro de la arcadia pacífica y el país oasis.

Por los relatos sabemos también que hubo personas que no se instalaron en esa realidad hecha de certezas y de suspicacias, y pudieron conservar la cordura suficiente para no sumarse a las hostilidades contra los vecinos o conocidos. Que lograron diferenciar y diferenciarse y que ayudaron a quienes lo requirieron, sin reparar en su filiación política. No sabemos cuanta gente actuó así. Solo que no fue un grupo lo suficientemente numeroso como para desviar la corriente de agresiones en escalada. Este es un extremo.

El otro extremo puede estar representado por la figura emblemática del periodista Otilio Ulate, candidato a la presidencia en 1948. Él fue una de las personas que más contribuyó a encender los odios, trabajando en contra de las inhibiciones culturales y naturales que dificultan o impiden a las personas causar daño sin motivo alguno, especialmente a los próximos-conocidos. Ulate hizo un trabajo de des-vinculación, con el objetivo de sumar gente a su favor. Le dio a sus seguidores una identidad momentánea contrapuesta a la de los contrarios. Gracias a su habilidad con la palabra, deformó y presentó los hechos de la manera más conveniente, sin importar lo grotesco del cuadro que dibujaba. Pero a diferencia de José Figueres y sus seguidores, él nunca se comprometió a fondo con sus palabras ni con sus creaciones. Siempre osciló pragmáticamente. El recorrido final hacia la presidencia lo hizo levantando con una vehemencia artificial la figura de León Cortés, a quien presentó como un hombre ejemplar y una "víctima sacrificada". Ulate contribuyó decididamente a la leyenda del parricidio, y su implicación, la venganza del padre, aunque solo unos años ponía a Cortés como el antecesor autoritario de Calderón Guardia. Llamó a sus seguidores a romper todo

tipo de relaciones con sus vecinos y parientes de distinto color político, en los hechos a segregarlos y excluirlos, pero al mismo tiempo se presentaba como un hombre anclado en una tradición de paz y democracia. Al final, cuando la carga explosiva que tan decididamente contribuyó a poner estallaba, trató de negociar una salida política que no lo desplazara de la posición que había conquistado. En ese momento le fue pasada una factura que le costó la posposición de su período presidencial. Los giros de Ulate fueron un rasgo de su vida; entenderlos implicaría ocuparse de su biografía.

Entre estos dos extremos quedaron el bien y el mal enfrentados, un núcleo de irrealidad que pesó de manera decisiva. La forma en que mucha gente se convirtió en cómplice de maltratos y de agresiones, incluso cuando no halara ella misma ningún gatillo, no se entiende sin una instalación momentánea “fuera del surco”. Quienes rebasaron la lira encontraron justificaciones prontas y fáciles para unos actos y excusas para otros. La mezcla de incertidumbre, sospecha, recelo y certezas inamovibles, produjo una atmósfera colectiva que recuerda el cuadro de las personas pre-delirantes y delirantes en la literatura psiquiátrica.

Quien lea los testimonios tropieza permanentemente con escenas que retan la imaginación. Pensemos en el cuadro en el que se acaba con la vida de un joven porque escuchó de una operación militar que ya se había decidido no hacer. O los relatos en los cuales personas fueron fusiladas de inmediato porque se tenía la sospecha de que eran espía. Está la narración del bombardero improvisado que lanzaba explosivos sobre San Isidro desde un avión comercial, cuyo ayudante cayó al vacío junto al cilindro que contenía la carga de pólvora, y que luego de contar la aventura vivida, incluido el desplome de su avión, se limita a decir “son cosas que le pasan a cualquiera”.⁸⁵ Un niño de entonces recupera años después una imagen que “hasta el día de hoy grabado en mi mente”. La de un grupo de mujeres -madre, hermanas, abuela- corriendo desesperadamente por todos los aposentos de una casa, con una imagen de la Virgen de los Ángeles en las manos, abandonadas en una suerte de danza, suplicándole al cielo por los varones que huían, a los cuales se les disparaba.⁸⁶ Estos recuerdos pertenecen a la realidad entonces vivida por quienes los rescatan con sus testimonios. Son ejemplos que se pueden multiplicar sin dificultad.

El estado de desborde dice de la subjetividad de los actores situados en el centro del remolino. De ambos lados hubo personajes para los cuales el alcanzar o retener el poder era una necesidad imperiosa para su economía psíquica, sin que se pueda decir que esa fue la causa última de todo lo ocurrido. En ambos bandos encontramos también gente a la cual los primeros le ofrecieron un espacio para actuar conflictivamente de muy distinta naturaleza, a la par de esas personas expresamente reconocidas como “perturbadas”, “exaltadas”, e incluso perversas, reclutadas en el curso del proceso político. En medio de estos extremos tenemos una cantidad imprecisa de hombres y mujeres que se desestabilizarán psíquica y emocionalmente, algunas de ellas afectadas por hechos específicos y otras por la atmósfera de antagonismo y persecución que cristalizó.

Alguna de la gente tratará de entender luego, con mayor o menor éxito, lo que hizo y por qué lo hizo. Otra quedó aferrada a las lecturas de entonces, aunque a veces cambiando de bando en los años siguientes. Para muchas otras personas estos años dejaron dolores perdurables y a veces, algunas preguntas.

La segunda realidad y la violencia dejaron una huella dolorosa. En los relatos se habla de: sentimientos horribles que vuelven al cabo de los años, de llantos involuntarios cuando se le quiere contar a los hijos lo vivido o cuando se rememora lo ocurrido, de malestares físicos que aparecen en determinados momentos y de daños corporales permanentes, de miedos infundados, de insomnio y pesadillas, de duelos prolongados o nunca cerrados, de mutismos inamovibles, de reacciones de tipo fóbico, de cuadros melancólicos o depresivos, de culpas y autoreproches, de reacciones xenófobas hacia los nicaragüenses, de conflictos de conciencia, de familias desgarradas en las más diversas formas y de gente que se alcoholiza. Tenemos referencias a personas que “casi se volvieron locas” en el campo de batalla y a gente que concluido el conflicto buscó desesperadamente el aislamiento. También de niños que resienten la ausencia o desaparición de un padre o un hermano, madres que guardan luto por sus hijos muertos, niños heridos y muertos por las balas, vecinos y conocidos alcanzados mortalmente por balas perdidas y gente que cargará toda su vida con imágenes punzantes o macabras. Encontramos niños y niñas que crecieron con temores imprecisos, y otros expuestos a relatos interminables sobre los horrores de la guerra. Preadolescentes y adolescentes que se hicieron adultos rumiando una posible venganza o anhelado una justicia que nunca llegó, amarguras y resentimientos abiertos, tragedias y dificultades en la vida familiar, dolores proyectados sobre otros, y hasta la mención de una persona que perdió la memoria por el resto de la vida. Están los indicios de que hubo mujeres violadas, de las cuales no se sabe muy poco, ya que en este caso la capa de silencio es particularmente espesa. A todo esto hay que sumar aquellos sujetos que ya entonces aparecían como “exaltados” antes sus mismos compañeros, los cuales son responsabilizados de crímenes que ninguno de los testigos presentes quiso o pudo evitar.

Es principalmente la segunda generación la que toma la palabra para hablar de lo que ocurrió en las familias. De los 85 relatos que aparecen en *Niñas y niños del 48 escriben*, solo un número ínfimo tiene detrás padres que han escrito de sus vivencias de entonces, o se han referido a ellas. Es cuestión de oportunidad, pero también es más que eso. Se sabe de un padre que todavía sentía temor por las consecuencias que podía acarrear el relato que preparaba su hija para el *cinquentenario* del 48.

De cara a los relatos y testimonios surgen algunas preguntas para las cuales no tenemos respuestas: ¿Cómo pudo la gente sobrellevar un momento así sin quebrantos mayores a los expresamente consignados en el papel? ¿Qué recogió la memoria y qué se borró de ella? ¿Qué se ocultó con conciencia, por miedo o por vergüenza? ¿Qué tan profundas fueron las lesiones íntimas causadas, o abiertas, por lo que sucedido? ¿Qué más puede haber detrás de las lágrimas y los silencios? ¿Qué hizo la gente con todo esto? ¿Qué pasa con la variable del género? ¿De qué manera particular fueron golpeadas las mujeres? ¿Dónde desaguaron todos estos dolores y malestares? ¿Cuáles fueron sus vertederos? ¿De qué manera? Y también: ¿Sobre qué subsuelo emocional y psíquico surgió la violencia trágica? ¿Por qué no hubo una resistencia a la violencia? ¿Qué puede significar eso? ¿Qué repercusiones tendrá todo este dolor en el tejido social de la segunda mitad del siglo XX, en el orden de los grandes tejedores? ¿Qué otras cosas produjo y activó el desborde colectivo del surco? ¿Qué encontraríamos si repensamos esta herencia desde el punto de vista de los traumas y los conflictos? ¿Qué se hizo con ellos si la elaboración ha estado bloqueada por el culto a los gemelos violentos convertidos en héroes?

Hay un dato llamativo: solo una persona entre todas las que escriben se permite hablar abiertamente de la enfermedad mental de un ser querido, su padre, y la relaciona con el 48. ¿Fue acaso una situación excepcional? En los relatos hay más referencias a las violaciones de mujeres, un tema tabú, que a la locura. La palabra es evitada en su significado fuerte y personal.

Para encontrar respuestas se requiere de un trabajo más dirigido y preciso en el campo de la historia testimonial. Sería muy importante indagar con detenimiento en la vida de la esta gente y de una manera diferente. Entre otras muchas cosas, es necesario ingresar a la intimidad familiar, con todas las dificultades que esperan a quien pretenda penetrar en ella. La veta testimonial está lejos de agotarse. Desgraciadamente el tiempo corre en contra, por lo menos con relación a las personas que vivieron todo aquello. En parte por eso hay que ir también más allá de los relatos y sondear otras fuentes complementarias. Entre los vertederos de dolor y sufrimiento no explorados en relación con este tema se cuentan los hospitales. Uno de ellos es particularmente importante para nuestras preguntas, el entonces llamado Asilo Chapuí, el actual Hospital Nacional Psiquiátrico.

Por el momento es importante no olvidar donde empezamos. Comparativamente, nuestro período trágico-catastrófico fue modesto y delimitado. Según los puntos de comparación adoptados, puede ser incluso considerado poco o nada significativo. El episodio central de la violencia tuvo replicas, pero luego ellas cesaron. La segunda realidad de entonces no se perpetuó, librándonos de traumatismos acumulativos, por lo menos de aquellos relacionados con la violencia política. Pero no es menos cierto que atravesamos una fase de violencia con varias explosiones significativas, y con ondas expansivas que han viajado a través del tiempo, alcanzando gente que no tomó parte de los acontecimientos y a otra que no había nacido entonces.

Si nuestro caso es aleccionador no lo es tanto por sus grandes dimensiones, sino justamente por lo que se puede aprender de un suceso pequeño y circunscrito. Con su ayuda podemos formarnos una idea más concreta y vívida de lo que son los abstractamente llamados “costos humanos” de las tragedias socio-políticas y lo que podemos esperar de procesos más intensos y prolongados. Este aprendizaje nos puede ser útil. Las tragedias y las catástrofes toman distintas formas y que la variante expresamente política es tan solo una de ellas.

Sesenta años después del 48 hay voces que mencionan la posibilidad de una vuelta a una situación similar a la de entonces, a una nueva fase de lucha social y política, en el sentido convencional de la palabra. Al respecto se podría discutir mucho. En un sentido esta advertencia recuerda el *regreso* de la vivencia socialmente no simbolizada. En otro, tal advertencia nos devuelve a un tramo de nuestra historia del cual podemos aprender todavía mucho. Hay que pensar que esta alternativa no es la única. Está también la opción de una tragedia-catástrofe, la cual puede darse sin lucha social y sin lucha política. Es decir, sin frentes claros, sin interlocutores precisos y sin el orden y el encuadre mínimos que suelen tener las luchas políticas. Una otra alternativa puede ser un desborde donde los límites institucionales y culturales se diluyen o se pierden, los lazos sociales se debilitan o se rompen, y los vínculos humanos quedan contaminados por mimetismos negativos en escalada, lo cual significa también decir por procesos de des-socialización y des-individuación.

Quienes favorecen actualmente las ideologías de la voracidad compulsiva empujan en esta dirección y cada día parecen encontrar nuevos y mejores émulos. Gente identificada con los poderosos, que actúa como ellos en la escala que le resulta posible, donde le es posible, y con los recursos que están a su alcance. En un escenario donde aparentemente solo hay ganadores y perdedores, y en el cual la única ley que no se quiebra es la ley del fuerte, no se quiere estar entre los segundos. Hay que estar entre los primeros. Es de nuevo el mimetismo negativo de Girard. Si esta representación de la vida se sigue extendiendo y profundizando podría ser entonces que estemos en los bordes de una nueva tragedia-catástrofe social, o peor aún, que ya nos encontremos muy adentrados en ella. Tal vez, por eso, sería importante volver a reflexionar sobre la función del coro en la tragedia clásica, aquel que hacía comentarios y advertencias sobre lo posible y lo previsible.

Notas

1. Rojas Bolaños, Manuel. *Lucha social y guerra civil en Costa Rica. 1940-1948*. Editorial Porvenir. San José. 1979, pág. 11.
2. Rodríguez Vega, Eugenio. *De Calderón a Figueres*. EUNED. 1980, pág. 211-212.
3. Aguilar Bulgarelli, Oscar. *Costa Rica y sus hechos políticos de 1948*. Editorial Costa Rica. San José. 1969.
4. Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena; los años cuarenta y el fin de siglo*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 2006, págs. 239-246.
5. Albertazzi Avendaño, José. *La tragedia de Costa Rica*. México. Sin editorial. MCMLI
6. Alvarado Cerdas, Jorge. Una guerra mal llamada revolución. En: Muñoz, Mercedes (Editora) *Niñas y niños del 48 escriben*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 2001, pág. 57.
7. Girard, René. *La violencia y lo sagrado*. Anagrama. Barcelona. 1995, págs. 34-95.
8. Sobre las figura ambigua de los gemelos en los mitos: Girard, Rene. *La violencia...* Op. Cit, págs 53 y ss, y 150 y ss.
- * La guerra civil de marzo-abril de 1948; la primera invasión desde Nicaragua dirigida por el expresidente Calderón Guardia (1948); "El Cardonazo" (1949), y la segunda invasión calderonista desde Nicaragua (1955) A esta lista se podría agregar "El Almaticazo", en 1946.
9. Esta tesis está desarrollada en: Molina, Iván y Lehoucq, Frabrice. *Urnas de lo inesperado*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José, 1999.
10. Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena; los años cuarenta y el fin de siglo*. Op. Cit, págs. 90-134.
11. Volio Sancho, Fernando. El país se debate en la peor crisis de su historia. *La Nación*, 10/12/1946, pág. 10.

12. Cordero Croceri, José Rafael. *Memorias de un Rebelde (Historia novelada)*. Editorial Cartaginesa. Cartago. 1998, págs. 102,117)
13. Arias Mora, Dennis. Quintacolumnismo como agravio político. *Semanario Universidad*, 8/5/2008, pág 2 (Suplemento especial del Semanario Universidad. Celebración del LX Aniversario de la Guerra Civil de 1948)
14. Ferreto, Arnoldo. *Gestación, consecuencias y desarrollo de los sucesos de 1948*. Ediciones Zúñiga y Cabal. San José. 1987, pag.85
15. Figueres, José. *Palabras gastadas*. Imprenta Nacional. San José. 1955.
16. Bákit, Oscar. *Cuentos Mariachis: narraciones de la guerra del 1948*. Editorial Costa Rica. San José. 1990, pág. 85 y ss.
17. Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena; los años cuarenta y el fin de siglo*. Op Cit, págs. 494-521.
18. Una reconciliación entre los grandes nunca hubo. En un relato encontramos la siguiente observación: “*Nunca se vieron don Pepe y Calderón. Nunca. Si se hubieran visto tal vez se hubiesen saludado, pero nunca se vieron. Había un odio mutuo. Siempre he tenido claro que Calderón le hizo un gran favor a don Pepe al echarlo. Don Pepe se convirtió en un líder político porque lo expulsaron de Costa Rica*”. Facio Segreda, Gonzalo. El Canciller. En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Conversaciones con la historia. Entrevistas. Tomo I*. Editorial Maya y PZ. Sin fecha, pág. 344.
19. Girard, René. *El chivo expiatorio*. Anagrama. Barcelona. 1986.
20. Una de estas carreras que empieza con los encuentros callejeros de 1943-44, y concluye con el intento de alzamiento de abril de 1949 es la de Edgar Cardona. Ver: *Mi Verdad: por el restablecimiento de la verdad histórica: vivencias en 1942, 1944, 1946, 1947, 1948 y 1949*. Imprenta García Hermanos. San José. 1992. Un recorrido paralelo, aparece en la biografía de algunos comunistas. Al respecto: Mora Valverde, Eduardo. *De Sandino a Stalin*. Editorial Revolución. San José. 1988.
21. En una entrevista que tuvo lugar en el mes de agosto del año 2005, el dirigente comunista Álvaro Montero Vega me relató que el grupo de la Guardia Nacional estaría compuesto por una veintena de miembros, dirigidos por un oficial de apellido Fonseca. Él los describió como la escoria de la Guardia Nacional, gente muy deteriorada y sanguinaria. En esta ocasión Montero Vega mencionó también que él y su gente se interpusieron y evitaron que un grupo de campesinos fuese fusilado por órdenes de Fonseca. En otros relatos, sin embargo, un oficial nicaragüense es nombrado como el responsable del fusilamiento de cinco personas en el Guarco de Cartago, fusilamiento que luego tendría una réplica del lado contrario, con una diferencia de unos pocos días. El mismo Montero Vega concede en otro lugar que el fusilamiento de los cinco fue ordenado por Fonseca, y que ocurrió en un momento de descuido de los comunistas. Ver: Pérez Delgado, Nicolás. *Volando bala: 1948*. Gráfica Cabal S.A. San José. 1998, pág. 262.
22. En la entrevista mencionada, Álvaro Montero Vega menciona 37 muertes, todos vanguardistas. En testimonios procedentes del bando contrario, se menciona que los muertos vestían uniforme de la Guardia Nacional, y que primero se les hizo una “prueba oral” para tener seguridad de que eran nicaragüenses. Una versión distinta se encuentra en el testimonio de Haroldo Gómez Mora. Un soldado de primera fila. En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *San Isidro de El General en Llamas*. Testimonios del 48. Mesén Editores S. A. San José. 1996, págs. 71-91.
Una situación parecida ocurrió en Paraíso de Cartago, luego de la muerte, en un enfrentamiento del insurgente Carlos Arana. Aquí también se hace alusión a la prueba oral. Al respecto.

- Badilla, Patricia. Entrevista a los excombatientes Marcos Calderón y Marcos Porras Valverde. En: *Testimonios orales sobre la Guerra Civil de 1948*. Entrevistas realizadas en 1990 y 1991. No publicadas. Además: Dos amigos frente a frente. Testimonio de Daniel Gutiérrez Gutiérrez y Carlos Leiva Ortuño. En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *El Gobierno sobre las armas*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 2002, págs. 112-113.
23. Cerdas Rodolfo. Entre el temor y la esperanza. En: *Niñas y niños del 48 escriben*. Op. Cit, págs. 145-146.
24. Ortuño, Fernando. *¿Por qué estuve en la guerra del 48?* Sin editorial. 2001, pág. 34. Es uno de los que narran la muerte de Pacheco Tinoco y Brenes. Lo que describe es un asesinato, cometido por un joven cuyo nombre él omite explícitamente. En otros relatos, esta muerte queda como un *incidente*. Al respecto: Valverde Vega Fernando. De la política a la guerra. *San Isidro de El General en Llamas*. Op. Cit, pág. 109.
25. Acuña, Miguel. *El 48*. Imprenta Lehmann. San José. 1974, págs. 153-158.
26. Ídem, págs 218 y 262.
27. Mora Quesada, Eduardo. *Los días amargos (Memorias de un calderonista de 1936 a 1967)* Abel Ediciones. San José. 2003, págs. 91-94.
28. Morales, Hugo. A bailar con la más fea. En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *De las calles a la guerra*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 2003, pág. 126.
29. Picado Tencio, Carlos María. Relato de guerra. *Niñas y niños del 48 escriben*. Op. Cit, pág. 710. La violación como peligro, atribuida a los nicaragüenses está también aludida indirectamente en: Rodríguez Quesada, Elieth. *Mi vivencia del 48*. Ídem, pag. 603
30. Hidalgo Ugalde, Luz Ethilma. *Añoranza*. *Ibíd*, pág. 546.
31. Archivos Nacionales. Expedientes de los Tribunales de Sanciones Inmediatas. Fondo: R-1660. Signatura: 206.
32. Soto Messeguer, Ileana. Reminiscencia. *Ibíd*, pág. 282.
33. Nestor Castillo, hijo de Leo Castillo, fue el matador del joven Rodrigo Morice. *Diario de Costa Rica*. 5/4/1949, pág. 3.
34. Mora Quesada, Eduardo. *Los días amargos (Memorias de un calderonista de 1936 a 1967)* Op. Cit, pág. 129.
35. Zeledón, Nestor. El pueblo en su Olimpo. En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Conversaciones con la historia. Entrevistas. Tomo IV*. Editorial Maya y PZ. Sin fecha, pág. 20.
36. Acuña, Miguel. *El 55*. Editorial Lehmann. San José, págs. 160-169. También: *La Nación*. 30/1/1955, pág. 1, 34.
37. Declaración de Eladio Campos. En: Mora Quesada, Eduardo. *Los días amargos (Memorias de un calderonista de 1936 a 1967)* Op. Cit, pág. 124.
38. Hidalgo Ugalde, Luz Ethilma. *Añoranza*. *Niñas y niños del 48...*Op. Cit, pág. 549.

39. Bákit, Oscar. *Cuentos Mariachis: narraciones de la guerra del 1948*. Op. Cit, pág. 13
40. Saborío Alvarado, Oscar. *El empresario, el revolucionario y el político*. Op. Cit, pág. 135.
41. Testimonios de los excombatientes Carlos Calderón y Jaime Porras Valverde. En: Badilla, Patricia. *Testimonios orales sobre la Guerra Civil de 1948*. Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Costa Rica. No publicados, págs 11-19.
42. Bonilla Pignataro, Janina. Yo lloraba quedito. En: *Niñas y niños del 48...*Op. Cit, pág. 109.
43. Castro Sánchez, Otto. El Milagro. Ídem, págs. 359-360.
44. Durán Valverde Myriam. El hueco de la guerra. Ibid, págs. 449-461.
45. Picado Odio, Federico. Ahorita vuelvo Setico... La espera sin retorno. Ibid, págs. 971-978
46. Pacheco Tinoco, Abel. En memoria de un gran ganadero. En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Conversaciones con la historia. Entrevistas. Tomo VII*. Editorial Maya y PZ. Sin fecha, pág. 70.
47. Murillo Vargas, Juan Ramón. ¡Acharita los muertos! *Niñas y niños del 48...* Op. Cit, págs. 671-672.
48. Echeverría Bonilla, Luis Paulino. Cuando se frustra la inocencia. Ídem, pág. 701.
49. Pérez Biel, Juan Manuel. Lágrimas en el corazón. Ibid, pág. 783
50. Ponchner Lechtman, Carlos. Recuerdos de 1948. Ibid, pág. 720.
51. Carpio Acuña, Ligia. Entre juegos, ríos y la revolución. Ibid, págs. 804-805.
52. Biamonte Castro, José Manuel. Un niño del 48. Ibid, pág. 756.
53. Umaña Chavarría, José Otilio. Del cuarenta y ocho me ha quedado un nombre. Ibid, pág. 648.
54. Daniel Gutiérrez Gutiérrez y Carlos Leiva Ortuño. En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *El Gobierno sobre las armas*. Op. Cit, pág. 105.
55. Cambronero Vindas, Roberto. Años de infancia y siglos de guerra. En: *Niñas y niños del 48 escriben*. Op. Cit, pág. 871.
56. Oscar Saborío Alvarado. El empresario, el revolucionario y el político. En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Conversaciones con la historia. Entrevistas*. Tomo Siete. Editorial Maya y PZ. Sin fecha, págs. 134-135. También: Mora Quesada, Eduardo. *Los días amargos*. Op. Cit, págs. 89-90.
57. Hernández Padilla, Yamileth. Reuerdos de mi niñez y del 48. *Niñas y niños*. Op. Cit, pág. 220
58. Cordero Croceri, José Rafael. *Memorias...* Op. Cit, pág. 89
59. Carballo Vargas, Sonia. Nuestra revolución del 48. En: *Niñas y niño...* Op. Cit, pág. 563
60. Castro Villegas Claudia. Los hechos del 48 vividos por una niña de siete años. Ídem, pág. 575
61. Madrigal Porras, Liduvina. Escazú y el 48. Ibid, pág. 328.

62. Valverde Monge, José Eliseo. Un niño policía. *Ibid*, págs. 296-297.
63. Castro Villegas Claudia. Los hechos del 48 vividos por una niña de siete años. Ídem, pág. 585-586. También: Orlich, Romano. El roble de Sarapiquí. En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Grandes personajes bananeros de la historia costarricense*. Entrevistas. Tomo dos. Editorial Maya y PZ. Sin fecha. San José. Págs. 171-173
64. Borges Carvajal, Carlos. Mis recuerdos del 48. Manuel de Jesús. *Niñas y niños...*Op. Cit, pág. 931 y ss.
65. Guier, Fernando. La década de 1940. *La Nación*, 26/5/2007, pág. 31 A.
66. Fallas Aguilar, Jorge. Un tigre en el Puerto. En: *Niños y niñas*. Op. Cit, pág 926. También: Alvarado Cerdas, Jorge. Una guerra mal llamada revolución. Ídem, pág. 56.
67. Madrigal Porras, Liduvina. Escazú y el 48. *Ibid*, pág. 327.
68. Cerdas Cruz, Rodolfo. Ángeles con carabina. Ídem, págs. 134-135. También: Murillo Vargas, Juan Ramón. ¡Acharita los muertos!. *Ibid*, págs. 661 y ss. Asimismo ver: Echavarría Campo, Olga. Parte de mi infancia entre risas, paisajes y balas. *Ibid*, pág. 572.
69. Murillo Vargas, Juan Ramón. Acharita los muertos; *Ibid*, pág. 664.
70. Lizano Porras, Ana Rosa. Remembranzas. *Ibid*, pág. 536
71. Holderegger Hans. *Der Umgang mit dem Trauma*. Klett-Cotta Verlag. Stuttgart. 1993, págs. 13-48.
72. Küchenhoff, Joachim. Trauma, Konflikt, Representation. En: Scholösser Anne-Marie & Höhfeld, Kurt. *Trauma und Konflikt*. Psychosozial Verlag. Giessen. 2000, pág. 15 y sig.
73. Intervención de Silvia Bleichmar en el panel "Conceptualización de catástrofe social. Límites y encrucijadas". En: Waisbrot, Daniel y otros. *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*. Paidós. Argentina. 2003, págs. 35-62. También: Bleichmar, Silvia. *Dolor País*. Libros del Zorzal. Argentina. 2002, pág. 62 y ss.
74. El hueco de la guerra. En: *Niñas y niños*. Op. Cit, págs. 451-453.
75. Castro Villegas Claudia. Los hechos del 48 vividos por una niña de siete años. Ídem, pág. 587.
76. Barrientos Guerrero, María Elena. De dónde vengo. *Íbid*, págs. 963-969.
77. Sáenz Ferreto Elsa y Sáenz Ruiz, Nidia. Mis recuerdos del 48: una toma de conciencia. En: Sáenz Ferreto Adela y otros. *Otras voces del 48*. EUNA. Heredia. 1998, págs. 27-29.
78. Dupuy, Jean-Pierre. *El pánico*. Gedisa. España, 1999, pág. 41 y ss.
79. Ponchner Lechtman, Carlos. Recuerdos de 1948. *Niñas y niños*. Op. Cit, págs. 722-723.
80. Por ejemplo: Calderón Fournier, Rafael Ángel. *A través de los ojos de un mariachi nacido en el exilio*. Instituto Costarricense de Estudios Políticos. San José. Sin fecha, pág. 7 y ss.
81. Al respecto: Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena...*Op. Cit, págs 389-393.

82. Rodríguez Quesada, Elieth. Mi vivencia del 48. Niñas y niñas. Op Cit, pág. 601.
83. Bodei, Remo. *Las lógicas del delirio. Razón, afectos, locura*. Cátedra. España. 2002, pág. 9.
84. Cordero Rojas, Oscar. *Diario: ecos de una revolución*. Editores Soley Hermanos. San José. 1948, pág. 31 y sig. También: Ortuño. Fernando. *¿Por qué...?* Op. Cit, págs. 59-61. Los dos se refieren a escenas muy parecidas, posiblemente a la misma.
85. Murillo Monge, Miguel Ángel. Remembranzas de 1948. *Niñas y niños del 48*. Op. Cit, pág. 250.
86. Rivera Acuña, Jorge. Mata de Plátano en 1948. Ídem, pág. 377.

